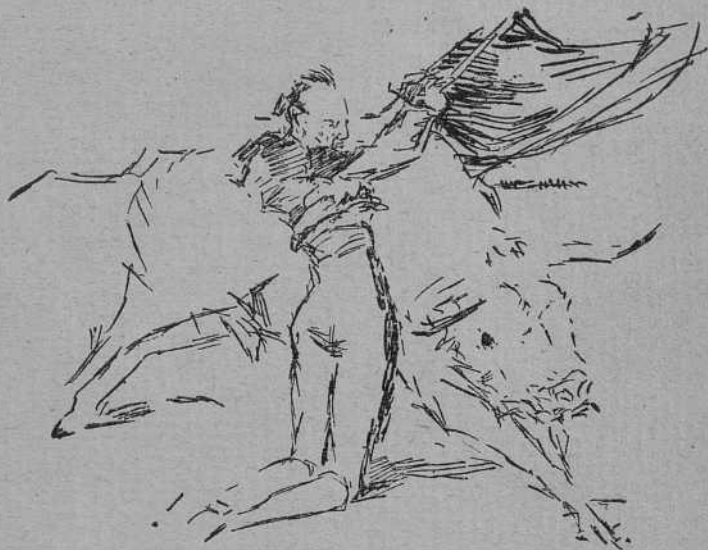




-Federico-
M. ALCAZAR



Isanchoz Mejias
El torero y el hombre.

C. Sancho Mejias



FEDERICO M. ALCÁZAR

SÁNCHEZ MEJÍAS

EL TORERO Y EL HOMBRE

PROLOGO DE

C. CORROCHANO 19

Octubre 1922

MADRID

IMPRENTA DE JUAN PUEYO

Calle de la Luna, 29.

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.
Copyright by Federico
M. Alcázar, 1922.

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
DEDICATORIA.....	IV
PRÓLOGO.....	V
I.—SU VOCACIÓN: Primeros años.—Su familia.—Sus estudios.—La voluntad.—El temperamento.—El carácter.—Los estímulos.—El ambiente...	1
II.—SU ARTE: Sobre el arte de torear.—Escuelas principales del toreo.—La inteligencia.—La intuición.—La habilidad.—El dominio.—Arte de método y de instinto.—Joselito.—Belmonte.—Sánchez Mejías.—Su personalidad artística...	11
III.—SU VALOR: Concepto clásico del valor.—La personalidad.—La originalidad.—El estilo.—Formas y maneras particulares de torear.—El valor de Sánchez Mejías.—Su origen.—Naturaleza.—Caracteres.—Clases de valor.—La temeridad.—Concepto tradicional del valor...	23
IV.—SU TOREO: Consideraciones preliminares.—Significado de la palabra torero.—Arte, valor y conocimiento.—Visión e interpretación del toreo.—Toreros estilistas y trabajadores.—Clasificación de Sánchez Mejías.—Su escuela, su orientación y su categoría.—El lidiador.—Primer tercio: Características generales y particulares de su toreo de capa.—La verónica, la media verónica, el quite doble, El quiebro de rodillas y otros lances.—El temple.—Principio fundamental de este tiempo.—El toreo moderno.—Supremacía del valor.—La función y la importancia del arte.—Segundo tercio: Su personalidad como banderillero.—El cambio, el cuarteo, el sesgo, «de poder a poder», la suerte de la mariposa, el cambio en tablas y en los medios.....	37
V.—LAS GRANDES TEMPORADAS: Campaña de novillero el año 1918: Su revelación.—Temporada de 1919: Campaña del Norte.—Temporada de 1920: Muerte de Joselito.—Elogio póstumo.—Campaña de Méjico.—Temporada de 1921 en España y Méjico.—Temporada de 1922: Su apogeo.—Las corridas de Valencia.....	67
VI.—SU DESPEDIDA: Se va el Guardián del Vaticano.—El Templo queda a merced de los fariseos.—La corrida de Avila.....	125

DEDICATORIA

*Para Don Francisco Verdugo.
Maestro de periodistas y Director
de Nuevo Mundo.*

*Para Don Antonio G. Linares.
Ilustre literato, brillante escritor y
Redactor Jefe.*

*Y para Luisito González.
Secretario de redacción.*

A vosotros, a quienes debo mi revelación como escritor taurino, os dedico este primer libro que sale de mi pluma. Aceptadlo en testimonio de gratitud, de admiración y de cariño.

Vuesto,

FEDERICO M. ALCÁZAR

PRÓLOGO

CON la llegada de Belmonte dieron los periódicos la noticia de su retirada del toreo. Y a los pocos días se publicó también la de Sánchez Mejías. Los dos toreros eran totalmente distintos y tuvieron, sin embargo, un denominador común: el interés y la emoción. Cuando un torero coge la espada y la muleta, y el público no siente inquietud e impaciencia y no queda pendiente de lo que va a presenciar, ese torero no interesa, no es torero, aunque se vista de seda. El torero ha de esclavizar al público, ha de ejercer sobre él una tiranía que le incapacite para todo lo que no sea el momento aquel. Y Belmonte y Sánchez Mejías tenían esta fuerza, este interés. Con ellos pierde el toreo los dos únicos sostenes que le quedó al desaparecer Joselito. Sin embargo, la ausencia de Belmonte y la ausencia de Sánchez Mejías tienen consecuencias distintas.

Sánchez Mejías es una pérdida que afecta más directamente a la fiesta. Con Sánchez Mejías desaparece un torero hoy irremplazable. El toreo de Sánchez Mejías era suyo, y se lo lleva. Era un toreo de hombre, y hombres quedan muy pocos. Su figura se destacó entre los diminutivos del toreo. Ahora los toreros son *apañaditos*, *habildositos*, *graciositos*, *toreritos*. Toreritos, sí; toreros, no. Son niños que los enseñan desde chiquitines a torear y a hacer monadas delante de un espejo, y salen a la plaza porque les gusta el traje de luces y son ambiciosillos; pero no se han preguntado nunca si les dará miedo del toro. Y salen y les da miedo. Saben torear, pero no pue-

den sino en muy rara ocasión, porque les da miedo, porque no son toreros, son toreritos; no son hombres, son niños. Para ser torero, lo primero que hace falta como condición indispensable es no asustarse del toro. Después de esto, el hábito y las condiciones del individuo harán lo demás. Lo inexplicable es que piensen en ser toreros esos niños que salen asustados el primer día y no se les pasa el susto hasta que se retiran.

Esta era la personalidad más fuerte de Sánchez Mejías: que era un hombre en fiesta de hombres y era valiente en fiesta de valor. Y como se va y quedan los niños—los pocos hombres que hay, que se aparten—, su ausencia ha de marcarse de una manera vigorosa. Sin embargo, no es su ausencia lo que yo más he de lamentar; lo que lamento es que en Mejías se ha malogrado un gran torero y también un innovador. Mejías apareció en un momento difícilísimo, en el apogeo de Joselito y Belmonte, cuando no interesaba, cuando no podía interesar nadie más. Y Sánchez Mejías, que estaba en el secreto de muchos abusos que tanto entorpecen y perjudican (imponer representantes que utilizan ellos y pagan los demás, derechos de contrato, deterioro de capotes, y esto para mi hermano, y lo otro para mi tío, etc.; el capítulo de abusos no cabe en un paréntesis), quiso cortar estos abusos, y la Empresa de Madrid puede hablar de las dificultades de la alternativa de Mejías, porque la primera condición era que sus toros no se los elegía representante alguno, sino que debiera ser trato directo entre Empresa y ganadero, allá ellos con toda la responsabilidad. Para esto había que descartar el riesgo, y ése Mejías le había descartado desde que aprendió a vestirse de torero.

Pero murió Joselito, encontró el camino fácil y los buenos propósitos quedaron en proyecto; la innovación no fué menester para vencer; siguieron los abusos hasta el día, y se malogró un gran torero que venía a muchas cosas que luego no hizo porque no tuvo necesidad de hacer. Esto influyó mucho para distanciarle de la Empresa de Madrid, que fué su mayor error. Un torero de su fama necesita de la plaza de Madrid, no

para aumentarla ni para enriquecerse, sino porque el decoro profesional no quede empañado por la sospecha.

Esto no evitó que viniera en la corrida de la Cruz Roja y alcanzara en Madrid uno de los mayores triunfos, como le aconteció a Belmonte en la corrida de la Prensa del año pasado, distanciado también de Madrid por la misma causa que Mejías, por una cuestión de amor propio. Esto ha dado lugar a que ninguno de los dos se haya despedido en Madrid o en Sevilla, que eran las plazas indicadas. Mejías se va cuando toreaba mejor, cuando más falta hacía su toreo de hombre.

Pero, en fin, el caso es que fueron el que reformó el toreo y el que hizo la carrera de torero más rápida, pues todo lo hizo en cuatro temporadas, que Mejías tomó la alternativa el año 1919. A mí me causa una gran amargura. Con ellos se me va, si no la juventud, los años de las ilusiones. Con Belmonte empecé a escribir de toros. A Mejías le descubrí en una feria de Vitoria, cuando se mataba con los toros y nadie se enteraba. Yo quisiera también retirarme con ellos; pero mi profesión no admite retiradas. No es cuestión de dinero, es de sensibilidad. El escritor, y más si es periodista, vibra todos los días a tono con el suceso: los toros, la guerra, la política, las artes... Y como mientras haya vida habrá vibración, el escritor no puede retirarse, porque no puede sujetar la vida; por esto veo con tristeza cómo se van los de mi época; pero me quedo.

* * *

Federico M. Alcázar, que siente la inquietud de la fiesta de toros, no podía pasársele la figura de Sánchez Mejías, el más inquieto—no quiero decir el más movido—de nuestros toreos. No todos los que escriben de toros sienten la fiesta, como no todos los que torear sienten la profesión. Torear por torear es muy fácil, pero torear sintiendo la emoción del toreo, lo que los aficionados llaman «recreándose», es muy difícil. Escribir una revista es muy fácil; pero sentir en una crónica un mo-

mento del toreo, encerrar en una frase ese amasijo de peligro y destreza, en el que intervienen el tiempo, el movimiento, la luz y un grito de mujer, eso no es fácil.

En la fiesta de toros hay una emoción íntima, que a pocos llega porque está velada, casi disimulada por lo externo, que es colorido y línea y sonrisa; como en una fiesta flamenca la cara de la bailaora, su gracioso quiebro de cintura y el vuelo de las guarniciones de su falda gitana, sonríen y alivian un pesar muy hondo que ronda la fiesta y vibra en las cuerdas y duerme en las coplas.

Federico M. Alcázar es de los que perciben lo interno, lo sentido de la corrida, y en este libro en que estudia a Sánchez Mejías, apenas si para satisfacer alguna curiosidad se pára en la estadística. Se le ve con preferencia ahondar en la vocación, en el arte, en el valor del torero, para razonar puntos de vista poco comunes y exponer teorías muy personales.

Su orientación, las observaciones de carácter general que matizan el estudio de esta figura del toreo, su manera intensa, profunda y sentida de tratar esta clase de libros, que de otra suerte no interesarían nada más que al protagonista, son aciertos del autor, que deben satisfacerle.

Lo que hace falta es que, al ser torero o médico, se tenga personalidad, como la tuvo Sánchez Mejías y como la tiene este libro que acerca de él compuso Federico M. Alcázar.

CORROCHANO.

I

SU VOCACIÓN

Como todos los hombres inteligentes, Ignacio Sánchez Mejías ha sido un espíritu inquieto. Esta es la característica más esencial de su vida. Si tratáramos de estudiar la naturaleza de su carácter, de su temperamento y de su genio, acaso encontráramos en ellos como rasgo culminante de su personalidad, esta inquietud que le atormenta y que es la causa de todas sus virtudes y también de todos sus defectos. El tiempo o las circunstancias, podrán haber modificado todo lo que hay en él de accidental y transitorio, pero en el fondo de su espíritu pervive la inquietud determinando todos los actos de su existencia.

Y esto es tan cierto, que basta recordar los primeros años de su niñez y hasta los de su juventud para convencerse de ello. Hijo de una distinguida familia de Sevilla, su padre, un notable médico de aquella población, quiso hacer de Ignacio un dis-

cípulo de Galeno. El chiquillo empezó sus estudios del bachillerato con lucido aprovechamiento, pero bien pronto comenzó a alternar sus lecciones de Retórica y Poética con los ejercicios de toreo al aire libre. Poseían sus padres una huerta en las inmediaciones de la hermosa ciudad, y allí se iba Ignacio todas las tardes a ensayarse con unos pacíficos bueyes de carreta. Después, se escapaba a la Alameda de Hércules, donde en unión de otros chavalillos, entre ellos Joselito, continuaba sus lecciones de toreo. Esta inclinación del chiquillo, unida a sus pequeñas travesuras y calaveradas, proporcionó a su buena madre grandes disgustos y pesadumbres. Cuando Ignacio recuerda estos primeros episodios de su vida, su rostro enjuto y cetrino, que no se inmutó jamás ni ante la muerte, se pone intensamente pálido. Una gran congoja le sube del corazón a los ojos y su alma tiene un recuerdo de compasión y de ternura para el dolor de aquella santa mujer que fué su madre.

Terminó por fin el bachillerato, y su padre le obligó a cursar la carrera de Medicina. Pero la afición había echado ya hon-

das raíces en su espíritu. Cuantos procedimientos emplearon para hacerle continuar la carrera fueron inútiles. Al primer año de carrera, abandonó definitivamente sus estudios y se dedicó al toreo. Sus padres apelaron a todos los procedimientos imaginables para hacerle desistir de esta locura; pero todo fué inútil ante la obstinación empeñada y terca del muchacho. La vocación era el único sentimiento que dominaba su vida. Ella fué más fuerte que todas las consideraciones de índole social, y triunfó sobre todos los convencionalismos de familia y los más puros y sagrados impulsos del cariño.

Fué torero. Lo fué por verdadera vocación y por temperamento. Quien sostenga que Sánchez Mejías ha sido torero por reflexión y por cálculo, ignora sus primeras inclinaciones, que son innatas, y la serie de obstáculos que tuvo que vencer para dedicarse a esta profesión. Tanto, que había días que no podía ni levantarse de la cama porque sus padres le escondían la ropa. Es preciso rectificar la opinión muy generalizada y extendida, de que Ignacio ha venido al toreo por ambición egoísta,

¿Cómo? ¿Un hombre que con dos millones y medio de pesetas se juega la vida una y otra tarde, puede decirse en justicia que es un egoísta vulgar?

No es éste ciertamente el sentimiento que anima su vida. Sánchez Mejías ha sido torero por un imperativo de su misma naturaleza. Acaso la tierra, tal vez el ambiente hayan contribuido a desarrollar en él esta inclinación. Pero todo lo que hay en ella de íntimo y de espontáneo es tan natural como el color de su sangre y de sus ojos. Unase a esto el trato constante con chicos que tienen los mismos sueños e idénticas aspiraciones; esa inquietud que desde los primeros años agita su espíritu; ese noble deseo de triunfo; ese generoso ideal de gloria y de grandeza que comienza a dominar en los albores de la juventud, y se tendrá justificado su inclinación al toreo. En otro ambiente, acaso sus padres hubieran logrado hacer de él un médico, un abogado o un catedrático. Es posible que sin el estímulo y el ejemplo, hubieran conseguido hacerle desistir de sus propósitos; pero en Sevilla, desenvolviéndose en un medio que es esencialmen-

te taurino, rodeado de todos los elementos que más fuertemente hieren y deslumbran las imaginaciones infantiles; con el ejemplo que más poderosamente estimula sus deseos y sus ambiciones, no tiene nada de particular que muchachos tan inteligentes y tan inquietos como Ignacio, sueñen con la conquista de esa diosa deslumbradora y esquiva que se llama Gloria, y esa amante liviana y falaz que se llama Fortuna.

Al trazar estas líneas hemos prescindido de la parte narrativa y episódica de su biografía. Lo interesante en su vida no son los accidentes, sino las causas. Y es indudable que la causa primera y acaso la única que le impulsó a ser torero, no fué una ambición de lucro, sino un impulso espontáneo. La voluntad es una gran aliada para todas estas luchas sangrientas y trágicas con el Dolor y la Muerte. Muchos sucumben a los primeros pasos. Unos por cobardía ante la miseria y otros por fatalidad ante la desgracia. Ella, indudablemente mantiene alerta y tenso el ánimo. Pero nunca por sí sola puede llevar al triunfo si no se poseen determinadas aptitudes para el mismo. Este es en el fondo el secreto de todos los gran-

des éxitos de la Fortuna y de la Gloria.

Sánchez Mejías no ha llegado a ser torero famoso porque tuviera una gran voluntad de triunfar. Si no hubiera tenido aptitudes y condiciones que su inteligencia y su experiencia hubieran ido depurando y engrandeciendo, de nada le hubiera servido esta facultad por muy poderosa que fuera. Toda la voluntad de la tierra no es bastante para hacer a un individuo gran pintor, si no posee disposiciones naturales para llevar al lienzo íntegramente la visión de su retina. Podrá adquirir la disciplina de este arte y hasta su más absoluto dominio técnico, pero en el fondo será un pintor mediocre, sin inspiración y sin grandeza.

Es necesario desterrar de nuestros procedimientos críticos el tópico manido de la voluntad, no asignándole ese poder absoluto y sobrenatural. Atribuir los triunfos y la fama de un gran torero a la voluntad, revela poca penetración crítica y un premeditado deseo de simplificar los caracteres de la personalidad eludiendo su estudio. La voluntad es un medio todo lo importante que se quiera, pero ni el único ni el más esencial. El triunfo y la consagración final de un

torero, así como su valor artístico, hay que buscarlo en su capacidad, en sus aptitudes, en su intuición, en su temperamento, en todo lo que hay en él de innato y consubstancial, y que por lo mismo es susceptible de desarrollo pero no de creación.

El hecho de que Bombita y hasta el mismo Vicente Pastor llegaran a la cumbre del toreo, no depende fundamentalmente de su mayor o menor esfuerzo voluntario. Esto pudo contribuir al logro de su ideal, pero no a su conquista plena y definitiva. Hay en ellos algo que rebasa los límites de la voluntad por ser de origen y naturaleza distintos. Sin sus conocimientos, sin su gracia, sin su facilidad, sin su alegría, sin su dominio, sin su serenidad, sin la visión de arte que tenía, ¿cómo la voluntad puede llegar a producir aquella belleza cálida, apasionada, bulliciosa y riente de Ricardo, ni aquella intensa, fuerte y sobria emoción del toreo de Pastor?

Hay algo en ellos que excede a toda determinación y a todo influjo, y es el temperamento anterior y superior a la voluntad. El es el que inspira su vida, crea su carácter y forma su personalidad. Este es con-

cretamente el caso de Sánchez Mejías. Pero la demostración de estos extremos la verá el lector en los capítulos precedentes. Ahora, sólo nos interesa hacer constar que Sánchez Mejías no es en el toreo un advenedizo vulgar y ramplón a quien una ambición mezquina y trivial le hizo dedicarse a esta profesión. Sánchez Mejías es uno de los caracteres más fuertes y una de las personalidades más vigorosas y robustas que ha tenido el toreo. Y esto no hubiera podido lograrlo si no hubiera poseído una decidida e irrevocable vocación y una capacidad y un valor que ha sido lo que en el transcurso del tiempo ha dado esplendor y grandeza a su nombre artístico. La voluntad ha sido para él como un buen amigo, que en los momentos de dolor y de amargura ha tenido para sus desalientos y pesadumbres una palabra de consuelo, una sonrisa de esperanza, una mano cariñosa y un gesto cordial. Pero la llama encendida y roja, gallarda y magnífica de su arte, ésta, alienta y vive en su carne, en su sangre y en sus nervios, como la gota de fuego que palpita en su corazón y la inquietud que tiembla en su espíritu.

II

SU ARTE

Al hablar particularmente de arte de Sánchez Mejías creo necesario hacer unos comentarios generales sobre el arte de torear. Ante todo hagamos una advertencia preliminar. Yo no soy un crítico ni mucho menos un técnico. Dios me libre de semejantes menesteres. Estas palabras me suenan a grave y sesuda suficiencia profesional y a cierto malabarismo dogmático. Yo no soy nada más que un observador atento e imparcial, que siente la Fiesta en toda su espléndida, intensa, fascinadora y sugestiva belleza y que procura trasladar al periódico o al libro sus emociones y sus juicios con la mayor fidelidad y honradez. En este sentido, yo no aspiro a lo que vulgarmente se llama "sentar cátedra". Mis opiniones sólo tienen un valor provisional y particularísimo. Deseo únicamente interesar al lector, ofreciéndole en forma de comentarios breves y sencillos las obser-

vaciones más o menos afinadas y justas que me sugieren los toros y los toreros. Esto es todo.

Y ahora abordemos el tema de este capítulo.

Concretamente. ¿En qué consiste el arte de torear? Nada de divagaciones ni de lugares comunes. ¡Al toro!, como diría un castizo. Cuando se trata de hablar de temas tan interesantes y fundamentales como éste, hay que hacerlo con toda claridad y precisión. Nada de andarse por las "ramas". La profesión de "moreador", lo mismo en el toreo que en la vida social, es muy cómoda. Consiste sencillamente en vivir al margen de la ética y de la ley, escamoteando el Código y el Arte, dando la sensación de que se torea sin torear. En esto son maestros perifisimos los toreros del adorno y de la comodidad. Así como hay un arte de torear que encarna en Jose-lito, existe otro arte de simular el toreo, cuya cabeza visible ha sido Rafael el Gallo. En realidad, éste ha hecho muchos más prosélitos que aquél. Pero no quiero continuar por este camino. Tiempo habrá para ello.

Contestemos a la pregunta que hemos hecho anteriormente. El arte de torear consiste en burlar la acometida del toro; evitar el peligro; sortear el riesgo; impedir la amenaza. En una palabra: dominar la ferocidad instintiva del toro. Ahora bien; ¿cómo ha de dominarse? Aquí surge la disparidad de criterios y por ende también la diversidad de escuelas.

Vamos a ver si logramos entendernos de una vez y para siempre, fijando tan claramente como sea preciso la posición de una y otra tendencia. Convengamos en que todo el arte de torear se reduce a esto: dominar. A este propósito, séame permitido introducir en estas sencillas reflexiones aquella observación afinada y justa de Belmonte: "Domina el toro—dice el trianero—y toda la plaza es de él; domina el torero y todo el ruedo es de éste". Claro es que esto no resuelve la dificultad, pero sin duda alguna la simplifica.

¿Cómo se domina al toro? Hay dos sistemas, dos procedimientos, dos métodos. Primero, la inteligencia; segundo, la intuición: ciencia y arte. Entiendo por inteligencia el conocimiento de las normas y reglas

técnicas de un arte y la práctica discrecional, continua y perfecta de las mismas. Que es equivalente a la definición de la ciencia en su aspecto [empírico y sensible: la serie de conocimientos verdaderos y ciertos bajo la forma de un sistema. El arte, en este caso concreto del toreo, es aquella disposición o aptitud que el hombre tiene para expresar una emoción por medio del uso y empleo de las reglas y elementos del mismo.

Más claro. Un torero domina al toro por medio de la inteligencia empleando estas reglas con la mayor habilidad, soltura, eficacia y conocimiento. Otro, bien distinto, lo domina practicando estas mismas reglas de una manera intuitiva, inconsciente, espontánea.

El arte no es patrimonio exclusivo del segundo, sino que es inherente a los dos procedimientos de torear. Recuérdesse la división que del mismo se hace: arte de método y arte de instinto. La escuela de Joselito pertenece al primer grupo. La de Belmonte está incluida en el segundo. La mayor o menor excelencia de uno y otro depende de la verdad con que se exprese



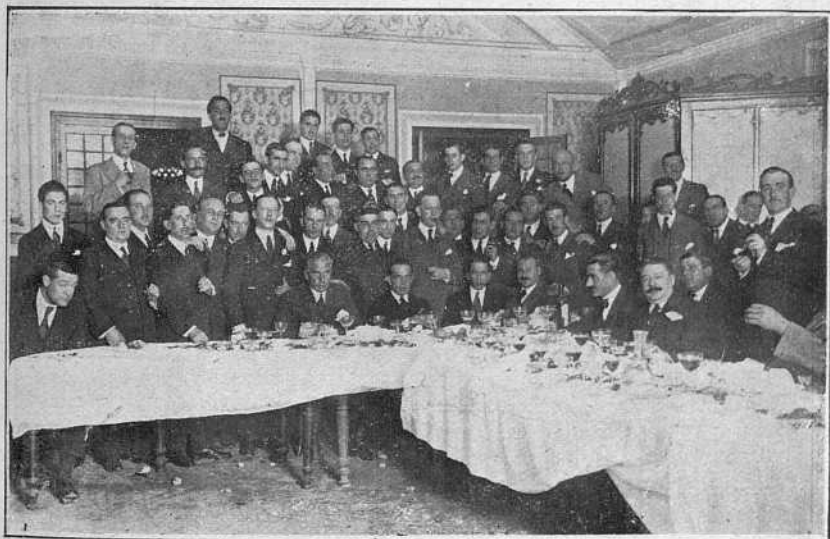
Ignacio Sánchez Mejías.



Sánchez Mejías, cazando.



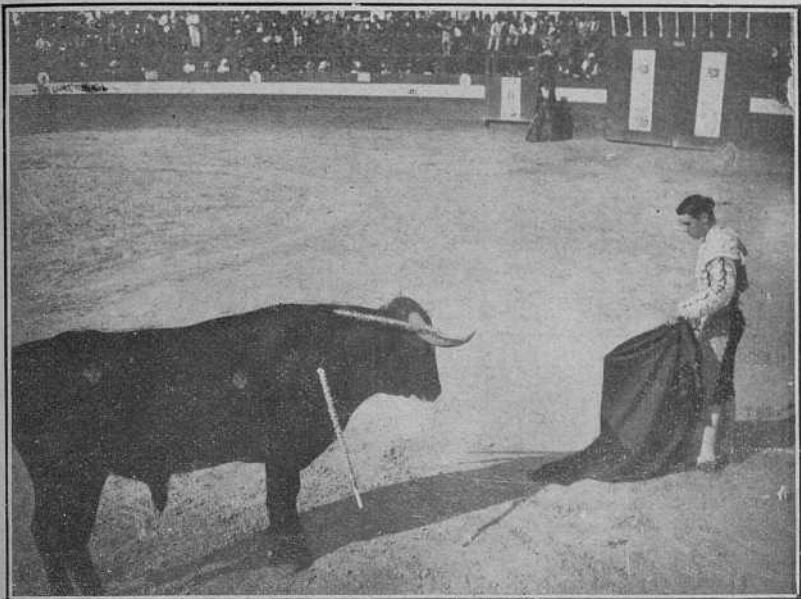
Sánchez Mejías, acosando a una becerro.



Sánchez Mejías en el banquete que le dieron sus amigos y admiradores.



Sánchez Mejías con los alumnos de la Facultad de Medicina de Sevilla.



Sánchez Mejías pasando de muleta al pr'imer novillo que mató en Méjico el año 1912.



Sánchez Mejías sacado en hombros la tarde que mató 6 toros en Barcelona.



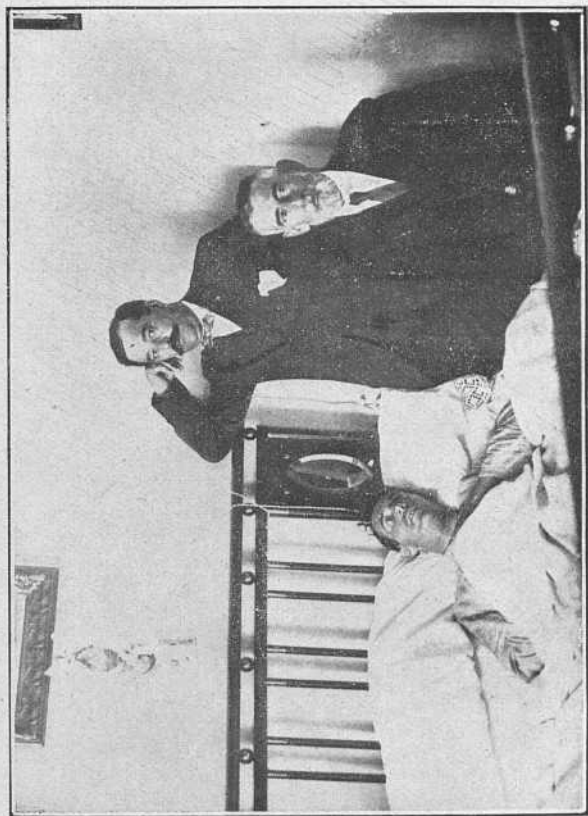
Recibiendo la alternativa de manos de su cuñado Joselito
en la Plaza Monumental de Barcelona el año 1920.



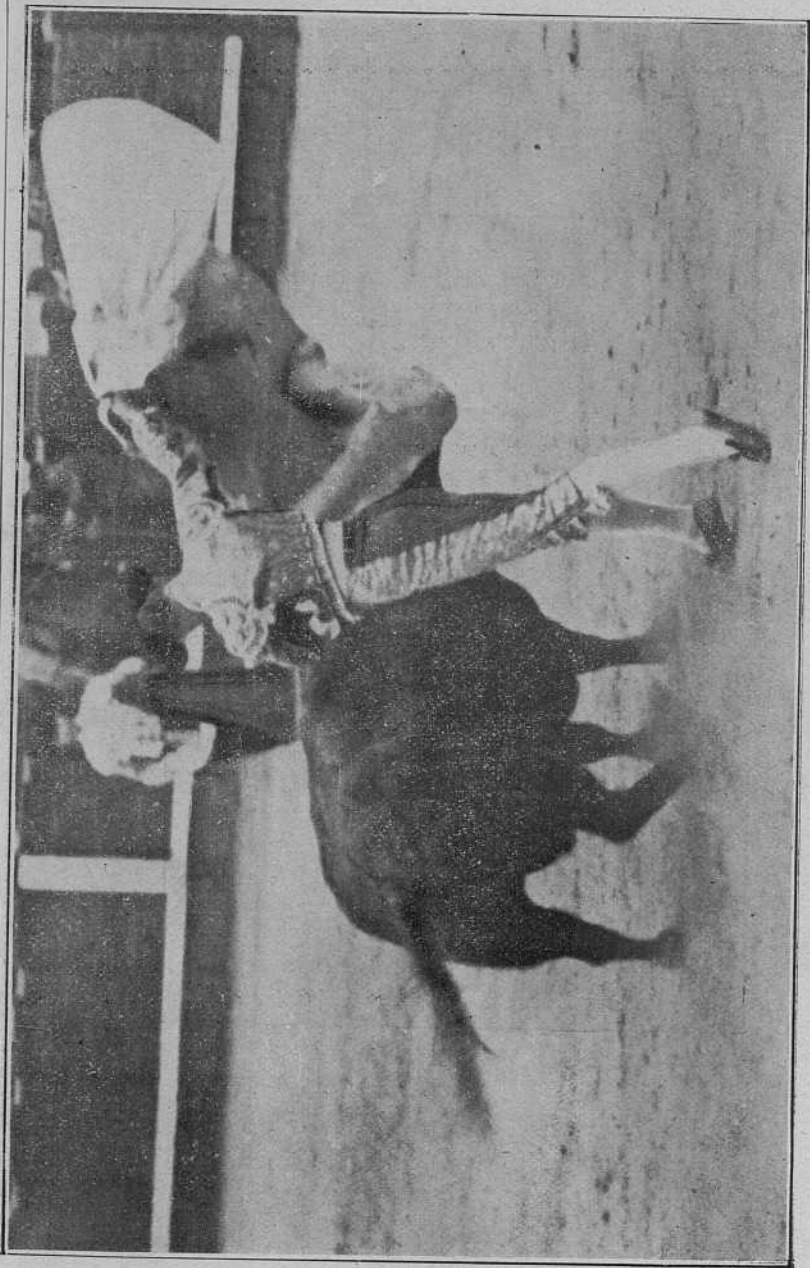
tereando de capa.



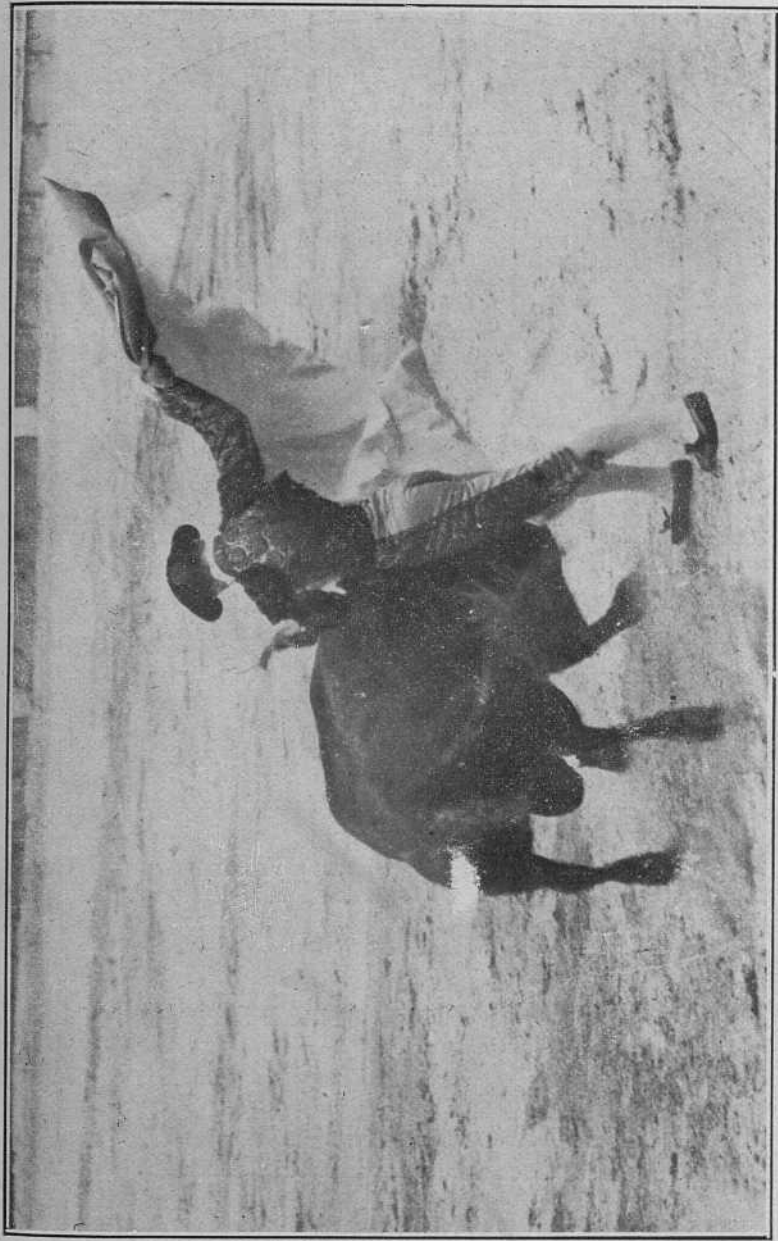
Sánchez Mejías convaleciente de la cogida que tuvo en Méjico.



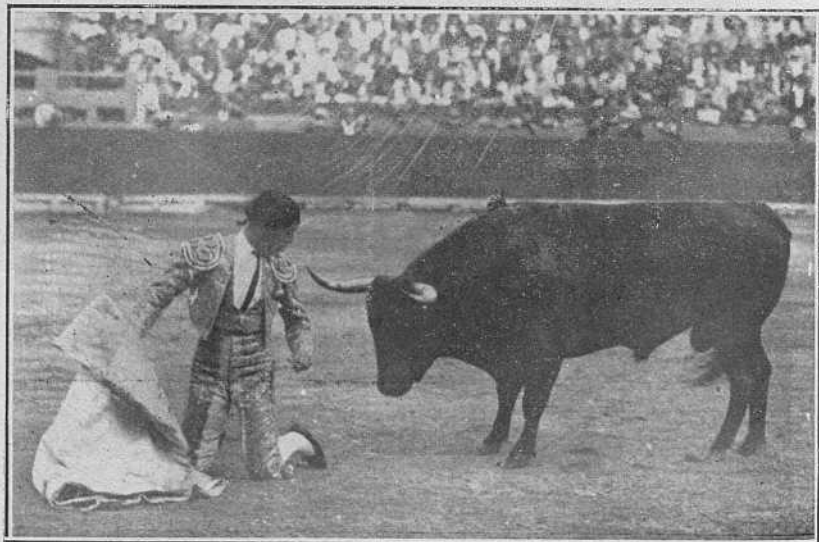
Sánchez Mejías después de la grave cornada que recibió en Sevilla.



Toreando a la verónica.



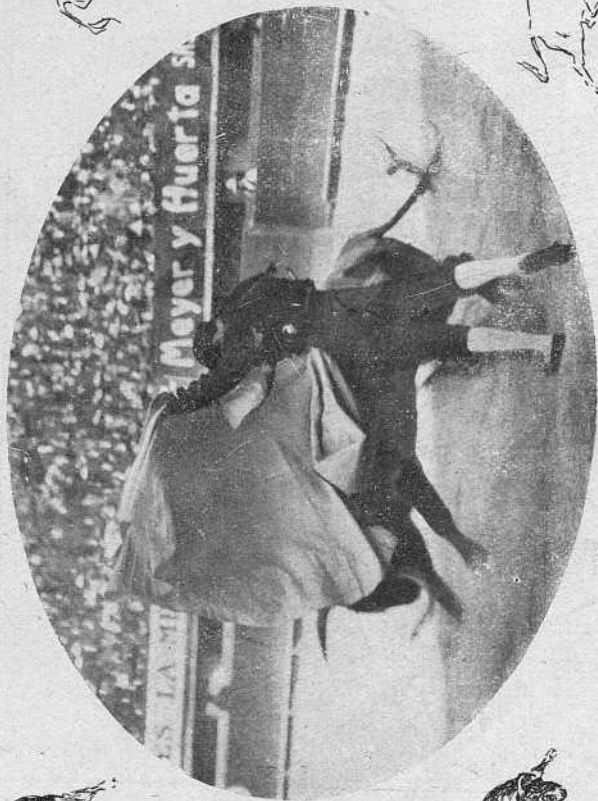
Toreando por veronicas en la corrida Patriótica celebrada en Madrid el 26 de Septiembre de 1921.



Adornándose en dos quites.



Sánchez Mejías la tarde de su presentación en Méjico.

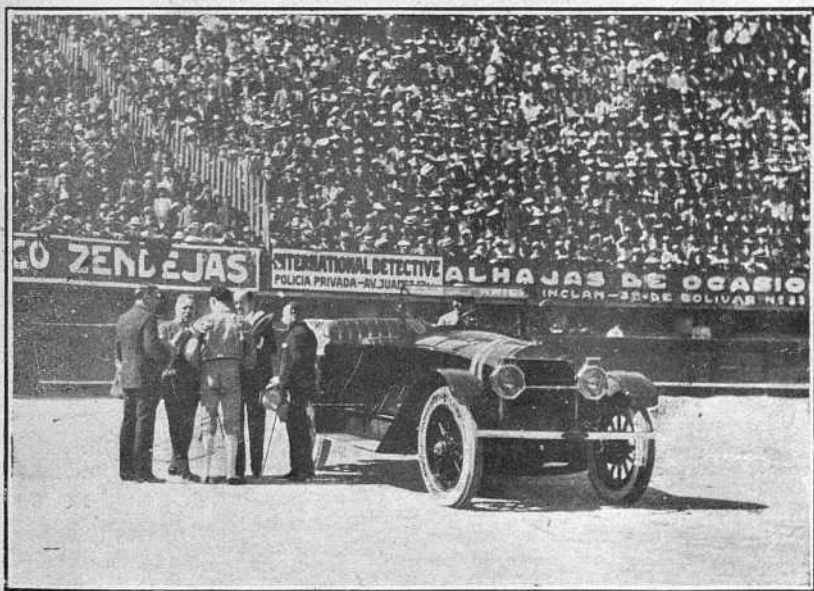


■ Lanceando un toro a la verónina.





Sánchez Mejías paseado en triunfo por las calles de Pamplona en las corridas de San Fermín del año 1920.



Sánchez Mejías recibiendo el automóvil que le regalaron en Méjico.



El arte y el valor de Sánchez Mejías banderilleando.

de la sinceridad con que se sienta, del valor que se ponga en su ejecución y en su práctica. Este es en definitiva, el gran secreto del éxito y del predominio entre las multitudes de uno y otro. Aparte de que el arte de instinto por su misma naturaleza, es más fácil a la emoción y al contagio que el arte de método. El torero ideal sería aquel que poseyera en grado superlativo estas dos especies de arte. Esta impresión de máxima capacidad, de máximo dominio, de perfección y de emoción máximas sólo la ha dado Joselito en determinados momentos. Y ésta también es la característica de la personalidad de Sánchez Mejías. Claro es que sin llegar al grado de perfección artística del maestro, pero manteniéndose decorosamente a su diestra. Únicamente supera Ignacio a su hermano político en cantidad y cualidad de valor, y por lo tanto, en fuerza emotiva y en intensidad artística. Aquí es donde radica su verdadera personalidad, la transcendencia de su toreo. Belmonte es algo aparte de todos los métodos y de todas las reglas. Es algo tumultuoso, anárquico y rebelde. Si quisiéramos buscarle un término de compara-

ción tendríamos que recurrir, en otro género de arte, a Goya, por ejemplo. Belmonte es un inmenso arrebató con toda la impetuósidad del instinto y toda la fuerza de la emoción. En cambio José es Velázquez, la suprema perfección de la técnica, la máxima plenitud del conocimiento, la absoluta y universal belleza. Total: el fin de todo el arte de torear es dominar y emocionar.

Pero ahora surge también otra grave dificultad. En el empleo de esto que pudiéramos llamar elementos orgánicos del toreo o procedimientos materiales, cada totero, y consiguientemente cada escuela, tiene su "manera", su "forma", su "modo", su "estilo", en una palabra. ¿Cuál de ellos es el más excelente? La apreciación de este punto no puede constituir un motivo de polémica constante. Basta sentar este principio fundamental y absoluto. Un estilo es mejor cuando las emociones que produce son más complejas y matizadas, más ricas y excelentes, más puras y elevadas. Es más: el estilo es algo inherente y consubstancial al arte. Es como una modalidad de la substancia estética. Sólo los artistas son capaces de poseer un estilo cuando su perso-

nalidad es tan robusta y vigorosa, tan clara, definida y distinta que lo crea. Si se ha dicho que el estilo es el hombre, es precisamente por esto mismo, porque en él se acusan los rasgos culminantes y distintivos de su espíritu. Por esto, al examinar el empleo de las reglas del arte de torear no puede hablarse en todos los casos de estilo propiamente dicho. Podremos referirnos a formas, a modos, a "maneras" de torear en su más noble acepción, no "amaneramientos", cosa bien distinta y de la más baja y liviana significación. El estilo sólo puede hacer referencia a las creaciones estéticas. En ellas radica todo el valor de su significación ideal. No creo necesario insistir más sobre este extremo.

El arte de torear consiste, entre otras cosas accidentales y adjetivas, en "esquivar el peligro dominándolo por medio del conocimiento, el arte y el valor". Esta es la definición más breve y sencilla que puede darse del toreo. Así un torero, será tanto mejor cuanto acierte a dominar la inminencia de la muerte con más habilidad, con más emoción, con más arte. De lo cual se infiere que un torero será mejor artista

cuanta más emoción produzca, y un artista será mejor torero cuanto mayor cantidad de conocimientos y recursos tenga. Y unos y otros serán más completos, cuando posean en mayor proporción el conocimiento, el arte y el valor. Este es el tipo tradicional y clásico del torero. ¿Está incluido en esta categoría de toreros Sánchez Mejías? Evidentemente sí. Conoce el toreo como un maestro, sabe darle emoción por medio del arte, y antes de todo y por cima de todas las cosas, tiene una cantidad y una calidad de valor que excede a todo límite y a toda ponderación. Aquí radica su personalidad.

Sánchez Mejías representa la tradición más fina del verdadero concepto del valor. El es su más augusta y soberana encarnación. Esto le permite ser unas veces impetuoso y turbulento como Belmonte, y otras consciente y reflexivo. Es tan dúctil que puede recorrer sin esfuerzo y sin violencia todos los estados del valor e interpretar todos sus matices. Y esto puede hacerlo porque es fundamentalmente valiente. Y esta es también la superioridad que tiene sobre Joselito y Belmonte. Tiene más de-

cisión y más coraje que aquél y menos atolondramiento y mayor serenidad que éste. Y sobre los dos, ha sabido dar a su toreo la emoción del peligro más continuada, más sostenida, más permanente. Y entiéndase bien, que al hablar de emoción nos referimos a la emoción estética, en su más amplia acepción o sea aquella que todavía vive y perdura lo mismo en las tragedias griegas, que en la sonrisa de la Gioconda, que en las agujas afiligranadas y sutiles de una catedral gótica. Este linaje de emociones son las que suscitan en nosotros más complejas asociaciones, las que enriquecen nuestra sensibilidad para el placer y el dolor. Porque hay otro género de emociones que son las que sienten los toreros medrosos y el público.

Véase, por lo expuesto, el concepto que nosotros tenemos del arte de torear. Pero no quiero terminar este capítulo sin hacer constar que hemos tenido un olvido completamente voluntario. Nos referimos a la definición que Lagartijo dió del arte de torear. No hemos creído oportuno mencionarla. ¿Para qué? Es tan pueril que no merece los honores del comentario. "¿Que

viene el toro? Se quita usted. ¿Que no se quita usted? Le quita a usted el toro." ¡Donoso y peregrino ingenio el de Lagartijo! Menos mal, que tiene una eximente de responsabilidad. Ha sido hasta Joselito el mejor torero de todos los tiempos y de todas las épocas.

III

SU VALOR

Sánchez Mejías representa el concepto clásico del valor. Aquí es donde radica su verdadera personalidad. La palabra clásico, aplicada al arte de torear, tiene para nosotros una significación clara y precisa. Entendemos por clásico todo aquello que tiene valor permanente, que puede constituir una norma o un modelo de estética plenitud, de máxima excelencia. En este sentido—único y posible—sólo podrán considerarse como obras fundamentalmente clásicas, aquellos momentos o aquellas formas y tipos que contengan los caracteres de perfección, universalidad y permanencia, esenciales a todo lo clásico. La personalidad es también otra palabra que se le da una acepción caprichosa y absurda. Con demasiada frecuencia suele confundirse la personalidad con la particularidad. Así se dice de muchos toreros que tienen personalidad, cuando lo único que realmente tienen son particularidades

espontáneas, modos personales de manejar el capote y la muleta. Y claro es, al atribuirle a un torero personalidad se le atribuye también un estilo. Y esto es lo verdaderamente monstruoso. Porque el estilo propiamente dicho, sólo es patrimonio de la personalidad. Los toreros que carecen de personalidad sólo tienen "maneras", "formas" particulares de torear, y esto es lo que de una manera lamentable se confunde con el estilo. La personalidad es aptitud creadora, espontaneidad del espíritu. Ejemplo. Si yo quiero tener personalidad como matador de toros, necesitareé crear una nueva forma de matar, o perfeccionar las que ya existen, aportando elementos desconocidos o corrigiendo los procedimientos actuales, haciéndolos más acabados y perfectos. De aquí el que todo torero que tiene personalidad es original y consiguientemente posee un estilo, puesto que la originalidad y el estilo son cualidades inherentes a toda personalidad, derivaciones naturales de la misma.

Y así como lo clásico no puede ser lo antiguo en el tiempo, como se ha querido dar a entender por algunos escritores tau-

rinós, así tampoco la personalidad puede significar lo particular, ni la originalidad lo primero, ni el estilo la manera personal. En síntesis: clásico es lo perfecto, lo que constituye una norma, un modelo, un punto de referencia permanente, ya sea un lance de capa, un pase de muleta o una estocada. Personalidad es creación, aportación o innovación de uno o varios momentos del toreo; originalidad es espontaneidad creadora, interpretación nueva y distinta; y el estilo es la expresión externa, íntima, espontánea y natural de la creación del espíritu. Estas son en definitiva, las características esenciales de estos términos, aplicados no solamente al toreo, sino a todas las actividades más nobles y excelentes del hombre.

Y ahora volvamos al concepto del valor. Decimos que Sánchez Mejías representa el verdadero tipo clásico del valor. Demostración: ¿Qué es el valor? Originariamente es una aptitud, un sentimiento. Un hombre es valeroso como es alto, como es bajo, como tiene los ojos azules o negros. Consecuencia: el valor es algo innato y natural en el individuo. De aquí el que no sea

patrimonio de la voluntad. Se cultiva el valor como se cultiva una planta. La voluntad y el celo pueden contribuir a desarrollar en nosotros estas cualidades pero no a crearlas. Fundamentalmente somos valientes, no porque la voluntad determine nuestros actos valerosos, sino por la disposición de nuestra naturaleza. Somos morales, no porque la voluntad nos aparte del mal, sino por un impulso espontáneo de nuestro espíritu, por inclinación instintiva hacia el bien. Podrá un individuo medroso en un momento determinado de su vida, escalar las cumbres del heroísmo y de la tragedia. Esto es frecuente entre militares y toreros, y en general, en todos aquellos individuos que están sujetos al yugo de una disciplina o ejercen una profesión para la cual han hecho previamente, y de una manera implícita voto de sacrificio. Pero esto se debe en unos a la conciencia del deber más poderosa que el instinto de conservación, y en otros, a un fenómeno de sugestión colectiva, a un arrebató pasional producido por una súbita descarga nerviosa, a un gesto de orgullo o simplemente a un alarde de vanidad

o de amor propio. Pero siendo estas excepciones muy estimables, no pueden considerarse como casos de verdadero valor, puesto que la condición normal de la mayoría de estos individuos es la cobardía. Y adviértase que damos a esta palabra la acepción más noble y excelente, o sea aquella que procede de la inminencia del peligro y de su conocimiento. Claro es que en tesis general, no hay torero alguno que sea en absoluto medroso. El hecho de ponerse delante de un toro supone un valor excepcional. Pero en unos esta valentía es natural, y en otros es obligada por las circunstancias o impuesta por la voluntad ante las necesidades del momento.

Precisamente en esta distinción que hacemos de casos y personas, es donde radica el valor de Sánchez Mejías.

En el toreo hay un concepto tradicional del valor, que es falso, falsísimo. Comúnmente se le ha confundido con la temeridad, hasta el extremo de emplear como sinónimo su significado. Y claro está, al hacer esto se ha llamado toreros valientes a los que no eran sino temerarios. Para no remontarnos mucho históricamente, po-

demos poner por ejemplo a dos toreros como Espartero y Machaquito, y que han sido dos casos de temeridad, pero no de valor. Porque la valentía es algo aparte y distinto de la temeridad. Entre el valor y la temeridad existe la misma diferencia que entre una flor natural y otra artificial; un manantial y un estanque. No se trata de una diferencia de matices, de grados, sino de naturaleza, de origen, de cualidad. El valor es algo sustantivo y fundamental. La temeridad es una cosa adjetiva y circunstancial. La valentía es permanente; la temeridad es momentánea. La primera es un acto esencialmente humano. ¡Como que en esto es donde radica su excelencia y su virtud! La segunda es un impulso animal. Los caracteres de la primera son la serenidad, la reflexión, la fortaleza, la conciencia del peligro y la inclinación espontánea de nuestra naturaleza a vencerlo o a sucumbir en él. La segunda se caracteriza por su inconsciencia, por su arrebató, por su violencia, por su brutalidad instintiva y ciega. Ve el peligro, pero ni lo siente ni lo comprende. Fijaos en dos tipos de toreros, el uno valiente y el otro temerario: Vicente

Pastor y Machaquito. ¡Cuán distintos son en los momentos de peligro! En Pastor, todo es serenidad, reposo, energía, decisión. ¡Qué sensación da de fortaleza, de impasibilidad, de dominio, de seguridad, de fuerza, de fiereza, de verdadero valor. Miradle bien; no se inmuta, no cambia, no se violenta. Dijérase que es un estoico, que tiene un gesto de sublime indiferencia ante la muerte, y sin embargo, ¡qué enorme energía interior, qué tremendo coraje anima ese cuerpo de roca viviente y mueve la tralla de su muleta. Y si queréis observar otro caso de valentía natural, fijaos un momento en Bombita. Es un chiquillo que camina ilusionado y sonriente hacia la muerte, como si fuera a una cita de amor. En cambio, los toreros temerarios, ¡qué tragedia más espantosa la de su vida! Son héroes por fuerza. Paraos un instante a contemplarlos. Están inquietos, azorados, nerviosos. Si el toro les tropieza, entonces surge la "tragedia de galería", el grotesco espectáculo del pelo enmarañado, los brazos tensos, las manos crispadas, los ojos rojos de ira, el rostro ensangrentado y lívido, y todo su cuerpo agitándose convulsivamente y

dando la impresión de que lo que quieren es vencer el miedo y ahuyentar la cobardía, más que vencer la muerte y desafiar el peligro. Lo fundamental en el valor es la serenidad, y en la temeridad es el atolondramiento, la inquietud, el nerviosismo. La temeridad es algo rudimentario y primitivo, proviene de los fondos más bajos de nuestra animalidad. El valor es una de las cualidades más excelentes de la naturaleza humana, esto es racional. Pertenece a climas de vegetación más rica, de más noble y fecunda vida espiritual.

En este sentido puede decirse que Sánchez Mejías representa el verdadero concepto clásico del valor.

El ha aportado al arte de torear este concepto humano y racional del valor, puesto que la característica esencial de su toreo es ésa. Aquí es donde radica su personalidad y su grandeza. Y esto es tan cierto, que basta recordar la característica de todos los toreros a quienes se ha llamado valientes, para convencerse de que todos ellos, hasta Sánchez Mejías, han seguido la tradición viejísima del valor inconsciente y brutal. En la historia del toreo apenas tiene

precedentes. Hay que salvar las distancias y las épocas, para llegar a Bombita y Vicente Pastor, que tienen el valor de verdaderos precursores. Pero aventaja al primero en intensidad, en fuerza y en dominio artístico; y al segundo, en variedad de arte, en cantidad de conocimientos técnicos y en superioridad de estilo y de emoción. Y a los dos, en que lleva el valor a la más completa madurez, a la más colmada plenitud, a la perfección más absoluta y definitiva. Por esto es clásico. En una palabra: la innovación más profunda que Sánchez Mejías ha introducido en el toreo consiste en haber transformado el impulso animal en acto natural y consciente. El crea el verdadero tipo del valor. Esto es: el valor consciente, reflexivo, fundamentalmente humano. Por esto tiene personalidad, por su aptitud creadora. Su toreo es la expresión de esta nueva y más perfecta forma del valor. Conoce todos los peligros y los desafía, complaciéndose en vencerlos. Acumula dificultades, y le satisface el vencerlas. Tiene conciencia del riesgo y va a él con seguridad de dominarlo. ¡Qué mayor prueba de la bondad de su valor!

Sin embargo a esto—¡vergüenza da decirlo!—ha habido algunos escritores que le han llamado trucos. ¡Imbéciles! ¿Qué sabéis vosotros de la significación más alta, del concepto más elevado, de los matices más delicados, puros y exquisitos del valor? Bien está que vuestra sensibilidad un poco espartosa no se conmueva con la emoción serena, honda y entrañable del verdadero valor. Pero querer establecer como norma de suprema valentía la temeridad inconsciente, el arrojo ciego y brutal, es de una insensatez punible. Precisamente, la labor de todas las civilizaciones consiste en ir las despojando de todos aquellos impulsos instintivos en actos racionales y conscientes. La última y definitiva fórmula del progreso ¿no es aquella en que la razón ha de vencer al instinto? Además, ¿no habíamos convenido en que el toreo era un arte? Y siendo así, ¿no será susceptible de perfeccionamiento? Y todo elemento que se introduzca en él y que contribuya a darle una más alta significación ideal y humana, ¿no será digno de estima? Luego si Sánchez Mejías transforma el viejo concepto del valor, dándole un contenido más noble y

rico, ¿no merecerá, por lo menos, nuestro respeto, ya que no nuestra admiración y nuestro aplauso?

Es posible que algún lector descontentadizo, a falta de argumentos sólidos, me haga la observación de que no siempre Sánchez Mejías encarna este tipo de valor que nosotros le atribuimos y que establecemos como norma. Evidente. Ahora, que esto, lo único que prueba es la veracidad de nuestros argumentos. El hecho de que Ignacio en determinados momentos de la lidia se exalte y pierda esa serenidad que es la característica del verdadero valor, no depende de él, sino del público y de las circunstancias que le rodean. El conoce perfectamente las condiciones de cada toro, la lidia que debe dársele y la cantidad y la calidad de toreo que debe desarrollar, pero el público no acierta a comprender esto; y lo que muchas veces es prudencia en el torero, por las especiales condiciones del toro y las facultades y recursos del torero, lo juzga el público como cobardía, y esto, naturalmente, a un torero del temple y del amor propio de Ignacio, le hace exaltarse y obedecer ciegamente al público, aunque

para ello tenga que violentar su estilo, su toreo, su arte y su mismo valor. Es decir, esto le obliga a "despersonalizarse", a despojarse de su verdadera personalidad, que este es el sentido que tiene la palabra. Este es el caso de Méjico, donde, más que valiente, da la sensación de temerario. Pero esto se debe, no a la forma de su toreo, ni a su escuela, ni a su estilo, ni muchísimo menos a la naturaleza de su valor. El es el primero que le repugna el tener que violentar su personalidad. Pero el público por una parte, y los toros por otra, le obligan a transformar todo lo que hay en su valor de conciencia, de naturalidad, de serena reflexión, en una temeridad ciega, trágica y fatal como la misma muerte, a la que le impulsan, y a la que busca, complaciéndose en sus caricias. Pero este no es el arte ni el valor de Sánchez Mejías ciertamente. Su toreo es todo soltura, agilidad, destreza, tranquilidad, reposo, conocimiento, gallardía, emoción, arte. Entonces es cuando aparece en toda la plenitud de su toreo, en toda la soberanía de su arte, en toda la majestad y serena grandeza de su verdadero valor.

IV

SU TOREO

Vamos a ver si logramos entendernos al estudiar el toreo de Sánchez Mejías en todas sus manifestaciones técnicas y artísticas.

Vaya primeramente por delante, siguiendo nuestro procedimiento crítico, la afirmación de que Sánchez Mejías es una de las cumbres más altas del toreo. Empleamos esta imagen para hacer más clara y gráfica la expresión. Y claro está, que al afirmar esto sostenemos también que la personalidad de Sánchez Mejías es del mismo inestimable valor taurino que las de Joselito y Belmonte. Si alguien lo duda debe estudiar los capítulos precedentes y repasar éste con todo detenimiento.

Procuremos exponer nuestro pensamiento con toda lealtad y honradez.

Y vamos al grano.

La personalidad de los toreros, y mucho menos la de los grandes toreros, no es

una cosa que pueda juzgarse fácilmente, como creen la inmensa mayoría de aficionados y críticos. Eso se queda para el público, y especialmente para el simple espectador, cuya visión crítica es anodina y vulgar. Un aficionado no tiene derecho a juzgar a un torero por el procedimiento simplicista de decir que es valiente, que tiene voluntad o que es un estilista. ¿Cómo? ¿Una figura del toreo no le sugiere a usted nada más que estos tres o cuatro tópicos y lugares comunes? ¿Y usted se llama pomposamente aficionado a toros? ¡Vamos, hombre! ¡Usted no tiene derecho ni a comer!

En materia de toros y toreros, vivimos en plena desorientación y desconcierto. No hablemos de algunos revisteros y críticos taurinos. ¡Qué desventura! Y esto depende en gran parte de que la mayoría de ellos ni sienten la profesión a que se dedican, ni tienen verdadera afición a la fiesta; ni conmueve hondamente su sensibilidad, ni despierta su interés, ni les sugiere inquietudes, ideas, pensamientos; carecen, en una palabra de visión para penetrar, de entendimiento para comprender y de pre-

paración para juzgar y sentir. Así se explica el que algunos que son excelentes literatos, como escritores taurinos sean tan vulgares y ramplones.

Y claro es, la falta de vocación para este género de críticas los hace juzgar a toros y toreros con un desconocimiento y una carencia de sentido, que es la causa de la desorientación y el desconcierto a que anteriormente nos hemos referido. Y en esto es donde radica el origen de muchas de nuestras discusiones. Porque, vamos a ver. ¿Qué se quiere significar cuando se dice que un torero, como, por ejemplo, Vicente Pastor, tenía valor y voluntad? Valor y voluntad ha tenido Moreno de Alcalá y era un trompo foreando. ¿Y Machaquito? ¿Puede darse el caso tipo de un torero con más voluntad y hasta con más valor, según lo entendían sus admiradores? Y, sin embargo, ¿podía competir como torero con Vicente? No hablemos de los casos actuales. Dos toreros clasificados como valientes y voluntariosos son Nacional II y Gitanillo. ¿Y qué? ¿Puede ocurrírsele a ninguno que no esté perturbado el compararlos artísticamente? ¿Y para qué seguir? Podría-

mos multiplicar los casos y los ejemplos indefinidamente.

El arte de torear es uno y único. Esa divisi6n de toreros valientes y toreros artistas tiene algo de viciosa. En realidad, todo torero valiente por el hecho de serlo, es artista en mayor o menor grado, como todo torero artista es valiente en m1s o menos proporci6n. Esta es la acepci6n general. Lo que sucede es que en unos predomina una cualidad sobre otra, pero sin que esto signifique la falta o ausencia de arte ni de valor. La palabra torero tiene un solo significado. Dentro de esta denominaci6n general est1n incluidos todos aquellos individuos que se dedican a esta profesi6n o arte. S6lo hay una excepci6n: los trabajadores, o sean aquellos que, careciendo de las disposiciones necesarias, se obstinan en ser toreros; son el tipo perfecto del obrero que trabaja y cobra honradamente su jornal. Pero ya hablaremos detenidamente en otra parte de esta serie de profesionales. Lo que sucede con los toreros que en realidad lo son es que unos poseen una mayor o menor aptitud y capacidad que otros. Pero lo fundamental no

es solamente esto, sino el temperamento, el gusto, la afición, las facultades, los conocimientos y en síntesis, todas aquellas condiciones que constituyen su personalidad, su idiosincrasia, su manera de ser, y que con arreglo a ella ven el toreo y lo interpretan según sus predilecciones y sus aptitudes.

El toreo se compone de tres elementos fundamentales: arte, valor y conocimiento. Aquel que reúne en mayor proporción estas cualidades es mejor. Sobre el alcance y la significación del arte de torear existe un error. A esta palabra se la da una interpretación caprichosa y convencional. Se ha querido limitar la extensión de su significado haciéndola patrimonio exclusivo de los estilistas, sin advertir que el arte tiene una acepción más amplia y general. Todo torero, por el hecho de serlo, tiene un estilo o una manera de interpretar o ejecutar el toreo, con arreglo a su temperamento, a su afición, a su gusto y a sus conocimientos. Hay toreros que creen que el arte debe ser sobriedad, intensidad, dominio, eficacia, honradez, serenidad, emoción, algo fuerte, profundo y entraña-

ble, como Vicente Pastor, y hay otros que estiman que el arte debe ser gracia, donaire, garbo, adorno, alegría, floreo, visualidad, una nota brillante de color, de pompa de ornamentación decorativa externa y fugaz, como Rafael el Gallo. En realidad, el arte es uno. Se trata únicamente de formas distintas, según la visión y la interpretación del mismo. Son algo así como el romanticismo, el naturalismo y el preciosismo en literatura.

Ahora bien: según estas consideraciones y antecedentes, ¿en qué consiste el valor como gran figura de toreo de Sánchez Mejías? Expongamos. Primero: Sánchez Mejías pertenece históricamente a esa categoría de toreros "completos" que va de Lagartijo a Guerrita y de éste a Joselito, pasando por Bombita. Esta es la línea tradicional del toreo hasta culminar en el glorioso Maestro de Gelves. Sánchez Mejías es como una prolongación, como una continuación de esta trayectoria; pero con una diferencia, y es la de que posee una personalidad tan acusada y vigorosa que le hace colocarse dignamente al lado de estos maestros y rebasar el nivel de todos

ellos en un punto determinado y concreto: el valor. Menos elegante que Lagartijo, menos sabio y habilidoso que el Guerra, inferior en gracia y en arte a Joselito, es sobre todos ellos más emotivo, más intenso, más valeroso en una palabra.

Sánchez Mejías es uno de los lidiadores más formidables de todos los tiempos. Aquí está la virtud de su foreo. Conviene advertir que la palabra foreo, aparte de su acepción general, tiene en nuestra pluma, y señaladamente en este caso concreto de Sánchez Mejías, un significado claro y preciso. Entendemos por tal, la abundancia de recursos, conocimientos, aptitudes, capacidad, experiencia, facultades, decisión, valor, dominio, etc. En este sentido, no creo que sea necesario demostrar que Sánchez Mejías posee estas cualidades en grado superlativo, casi en igual proporción que las poseía José. El conoce todos los terrenos, sabe la lidia que debe darle a cada toro según sus condiciones, sabe adaptar su foreo a todos los toros, ve los defectos y sabe cómo hay que corregirlos, conoce los sitios de peligro y tiene decisión para ir a ellos, dando a los toros la

batalla en sus lugares de defensa; conoce los distintos procedimientos para dominar y vencer al toro; sabe todas las que-rencias, aquellas que son naturales en el toro y las adquiridas en el transcurso de la lidia; sabe dirigir, colocarse, acudir, ser pronto, rápido, seguro, eficaz. Lo fundamental en su toreo es dominar el toro por medio de la inteligencia, del arte y del valor. Si algunas veces no lo consigue no es culpa suya, pues hay toros a los que no puede dominar con toda la sabiduría del Guerra, todo el arte de Joselito y todo el valor de Ignacio. Pues téngase en cuenta que en los toros todo es instinto de acometividad—toro bravo—y de conservación—toro manso—, y a éstos no es fácil dominarlos por la persuasión.

Las características generales de su toreo de capa son la variedad, y dentro de ésta, la sobriedad en todo cuanto ejecuta. Tiene también la intensidad y consiguientemente la emoción. Sobre todas ellas predomina la eficacia. Esto es para él lo importante. La figura y el adorno le interesa poco. Por eso no lo prodiga, por su buen gusto artístico y su honradez profesional. En su

toreo de capa los toros no "se pasan" ellos solos, sino que los "pasa" él mismo; es decir, los forea, que esto quiere decir la palabra. De aquí que pare, temple y mande como muy pocos.

Sus lances de capa favoritos son la verónica, la media verónica, el quite doble, la larga, el quiebro de rodillas y otros menos importantes.

Sánchez Mejías forea a la verónica como José. Es el mismo estilo. En sus lances hay menos suavidad y menos línea que en su hermano político, pero hay en cambio más tremenda emoción y para más, porque consiente más al toro. Como José, comienza tanteando y va en "crescendo" hasta terminar con el toro arrollado materialmente a la cintura. En cada lance va disminuyendo la distancia del viaje del pitón hasta llegar a un momento en que el toro, al pasar, le va dejando marcada la pala del cuerno o la punta del pitón. Y esto lo hace con una seguridad, una precisión, un dominio y un arte sorprendentes. Pero lo más admirable en estos instantes, no es la emoción de peligro que transmite al público, sino la ejecución artística que burla y evita

ese peligro. Hay momentos en los que parece que en vez de forear por verónicas, lo que hace es ligar medias verónicas por la manera de doblar al toro y liárselo a la cintura. A diferencia de los demás toreros, Sánchez Mejías no se limita en su toreo de capa a parar, templar y mandar, sino que en previsión de que el toro no obedezca al marcarle la salida por su tendencia a huir, al mismo tiempo que lo "empapa" en los vuelos del capote y lentamente lo va templando, le gana un tiempo al toro doblando la cintura y adelantando la pierna contraria, a la vez que carga la suerte. De esta forma, no solamente impide que el toro salga suelto, sino que colocada la pierna en su camino, lo consiente y esto le permite no sólo sujetarlo con la capa y con el cuerpo, sino obligarle a que dé el derrote, y entonces aprovechar esta arrancada para volverlo a pasar, salvando el pitón con ligeros quiebros de cintura. El secreto de estos lances consiste, entre otras cosas, en la manera que tiene de jugar los brazos, que le permite ajustar los movimientos del capote a la velocidad del toro, graduando su acomedida, con una serenidad tan fre-

menda, que puede decirse que va viendo pasar milímetro a milímetro el pitón del toro.

A esto queda reducido en definitiva el temple. Puede sentarse acerca del mismo, y de una manera provisional, el principio de que un torero templará más cuanto más serenidad tenga. Este es el motivo de que algunos toreros que manejan el capote con gran agilidad y soltura, no lleguen a dominar el temple. Precisamente por esto mismo, por faltarles serenidad. Hay toreros que al ver pasar el toro se "asustan", y esto quita a sus lances precisión, ritmo, lentitud, majestad. En cambio, otros, como el propio Ignacio, sin tener la gracia torera que Rafael el Gallo, por ejemplo, da a sus lances un temple más acabado y perfecto. Y es que hay que convenir en una cosa fundamental. La emoción de peligro es anterior a la estética, y para lograr ésta en toda su plenitud, es necesario previamente producir aquélla en toda su intensidad. Este es el gran secreto del toreo moderno. El valor que es esencialmente distinto del arte, puede decirse que en el toreo es su razón de ser y su fundamento. Un gran to-

tero necesita ser antes un gran valiente. Lo primero, lo fundamental en todo lance de capa, como en todo pase de muleta, como en todo momento de la lidia, es "aguantar" serenamente la arrancada o el derrote, es pisar decididamente el peligro. Luego viene el arte para burlar y evitar el peligro, revistiendo los momentos trágicos de la mayor belleza y majestad. Esta es la función del arte, pero la del valor es tan excelsa y acaso más trascendental que ésta. ¿Pues qué? ¿Sin la cantidad de valor preciso acaso se hubiera podido desarrollar el arte moderno del toreo? Todo torero, desde Lagartijo hasta el Bomba, conocía intuitivamente el toreo moderno. Pero lo que hacía falta era demostrar, que ese arte no podía desenvolverse sino en un terreno que hasta entonces no se había pisado. Era necesario pisar ese terreno, y para ello se precisaba tener la cantidad y la calidad de valor necesario. Quien lo hiciera tenía que jugarse la vida en el primer intento, pero esto sería la demostración de que el valor era lo fundamental y lo sustantivo en el toreo moderno. La innovación más significativa de este arte consiste en haber

sustituído la habilidad por el valor. Este es el gran mérito del toreo de Sánchez Mejías; el haber sido consecuente con este principio. El ha podido por medio de sus conocimientos y por la experiencia de la profesión, haber desarrollado un toreo a base de la habilidad y del cálculo, pero en vez de limitarse a esta cómoda carrera, tuvo la ambición nobilísima de dejar un surco hondo y una huella perdurable y definitiva en el campo del arte taurino, y considerando que el valor era lo fundamental en el toreo moderno, se dedicó a perfeccionarlo, dándole un contenido más noble y rico. No quiero prolongar más estos comentarios incidentales. En su día les daré toda la extensión que en realidad merecen.

Continuemos exponiendo las características del toreo de capa de Sánchez Mejías.

La media verónica tiene un punto de semejanza con la de José, en la manera de jugar el capote. Ignacio, como Gallito, ejecuta este lance por bajo. Esto le permite templar más al toro, llevándolo lo más toreado, y consiguientemente dominarlo más.

En Joselito había más suavidad, más

línea, pero en cambio Ignacio le aventaja en emoción, en gallardía y en majeza. En lo que son casi idénticos es en el quite doble. Sánchez Mejías lo domina más. Gallito era más fino, más elegante. En cambio Ignacio es más violento, pero dobla mejor con el toro, lo castiga más y lo ejecuta en terreno más peligroso y comprometido. En José era más vistoso; en Ignacio es más eficaz. Aquél podía repetirlo con frecuencia. A éste no hay toro por bravo y codicioso que sea, que le permita doblarlo cuatro veces. Tiene también un lance muy característico que lo inicia levantando los brazos como si fuera a ejecutar el lance del delantal y lo termina a la media verónica. Hay otros lances de adorno, pero éstos los prodiga poco. Sánchez Mejías supedita siempre el adorno a la eficacia, y la vistosidad a la emoción.

Para él lo fundamental en el primer tercio es la lidia del toro con arreglo a sus condiciones y atendiendo siempre a la brillantez del conjunto. En la suerte de varas no hay para él nada más que una preocupación: "quitar". En este instante no repara en obstáculos ni peligros. De que no

puede hacer el quite con el capote, lo hace con el cuerpo o con las manos. Es igual. Lo interesante es hacerlo. Lo admirablemente colocado que está siempre y lo ordenada que lleva la lidia, le permite ser pronto y oportuno. Está atento a los menores detalles.

Alguien le ha reprochado lo mucho que ordena y manda. Sin embargo, esto lo justifica la ignorancia de muchos de los toreros con quienes alterna. Son por lo general chiquillos que no saben la mayoría de las veces ni andar por la plaza. Un torero como Ignacio, tan conocedor de su profesión y con la conciencia que tiene de la misma, no es extraño que se exalte al ver la torpeza y el desconocimiento de algunos de sus compañeros. Esto le mueve a ser en determinados momentos enérgico y destemplado. Desde que sale el toro hasta que le cambian de tercio, puede decirse que Ignacio "vive" todo los instantes de la lidia. Este era el caso de José. A este propósito yo recuerdo que cuando a Gallito le censuraban esto que creen su defecto de Ignacio y le hacían ver la actitud de otros toreros, él respondía con cierta indigna-

ción y energía: —¿Pero cómo van a mandar si no saben una palabra de toros?

Y llegamos a uno de los momentos más interesantes de Sánchez Mejías: el tercio de banderillas. Los enemigos de este torero, en su afán de quitarle méritos, han llegado incluso a regatearle su labor como banderillero. ¡Monstruosa herejía! —Eso de banderillear en las tablas es un “truco”—dicen sus enemigos. Y Sánchez Mejías sale colgado del pitón una y otra vez. —Que banderillee en los medios, que es donde está la “verdad”—repite la caterva de energúmenos. Ignacio sale a los medios y banderillea al cuarteo, de poder a poder y de todas formas, maravillosamente. —¿Por qué no cambia fuera de las tablas?—ruge la caterva de imbéciles. Entonces Ignacio pone al toro entre dos caballos, pegado a las tablas, y él se va al centro de la plaza. Allí cita, el toro recula en tablas, comienza a echar la cabeza por el suelo en un constante gazapeo. El avanza despacio, erguido, sereno, dejándose ver.

El toro retrocede y cada vez golpea más fuerte la barrera con los cuartos traseros. De pronto el torero se para, el toro se le arranca como una tromba, bronco, descompuesto, incierto, y él entonces le deja llegar, aguanta impávido la farascada, pára y cambia limpio, sereno, gallardo. Los palos han quedado derechos, firmes, juntos, como dos astas de bandera que flamearan al viento y agitaran como airones bizarros los papelillos multicolor. Y la beocia andante babea en su impotencia y dice, que "ieso... es una ventaja!" Una ventaja, ¿eh? Bueno. Continuemos.

Mucho se ha discutido sobre si el cambio en las tablas ofrece más ventajas o inconvenientes que en los medios. El tema es tan sugestivo que no puedo sustraerme al deseo de examinar muy brevemente estos dos momentos. Se dice que el cambio en las tablas no ofrece dificultad y, por lo tanto, exposición, porque la tendencia natural del toro es a los medios, y al encerrarlo en tablas se tiene la seguridad de que el toro tiene ya previamente marcada su salida y además porque en este sitio es donde menos empuja.

El torero, en no hace sino aprovechar esta querencia natural para cambiar. En este caso, el torero no cambia en realidad, lo único que hace es marcar la salida. En cambio, el par en los medios tiene el mérito de estar más el toro con el torero, no abusando de ninguna de sus querencias naturales. Es decir, que en este sitio el toro "pesa" más, por ser precisamente su terreno y por ser más difícil parar. En realidad, esta es la objeción más seria que puede hacerse a uno y otro par. Conven-gamos en lo razonable del argumento. Ahora bien: ¿y cuando el toro tiene que-rencia a las tablas y cornea hasta la mis-ma sombra que proyecta la barrera?, ¿pue-de decirse en este caso que el cambiar un toro en estas condiciones no ofrece peli-gro? ¿Qué salida tiene el torero si el toro no obedece al cambio? No tiene nada más que una, fatalmente trágica: salir colgado de los pitones del toro o quedar clavado en la barrera. Esta es la espantosa reali-dad de este momento. A un lado el toro, a otro la barrera, en el centro y entre los dos el peligro inminente de una cornada y hasta de la misma muerte. ¿Existe en los

medios este peligro? Terminantemente no. Aquí puede el torero en todo momento salir por pies, evitar el cambio, salvar el peligro, no aguantar en una palabra y hasta no parar, pues la mayoría de los pares son de sorpresa. Toda la plaza es suya. El salir airoso y salvo no depende nada más que de habilidad, de vista y de facultades. Pero en las tablas no hay más remedio, una vez arrancado el toro, que "fragar el paquete". Entre ambos pares no hay nada más que una diferencia que es esencial, y en la que seguramente no ha reparado la mayoría de los que pomposamente se llaman aficionados. El secreto del cambio en tablas estriba en la serenidad, en "aguantar" al toro. La ejecución no ofrece grandes dificultades; por lo tanto, no tiene gran mérito artístico. Para cambiar en los medios hace falta mayor destreza y dominio. Aquél es más emocionante, éste es más vistoso, más artístico. Para el cambio en los medios hace falta habilidad, conocimiento, facultades, vista y valentía. Para cambiar en tablas lo fundamental es el valor, pero un valor a base de serenidad, no de arrebató ni de coraje que de nada sirve.

Si para robustecer más mi opinión necesitara algún testimonio, podría invocar el del propio José, que decía de una manera gráfica y expresiva que el cambio en tablas "era un hueso muy difícil de roer".

¿Y para qué insistir más sobre este tema? Ignacio es acaso el banderillero más formidable y seguro que ha existido, por la cantidad de recursos, por la variedad de momentos, por el dominio de todos los lados, los tiempos y de todos los terrenos. Menos elegante que Fuentes, menos clásico que Quinito, no tan fácil como José, ni tan puro como Magritas, pero más pronto, más eficaz, más seguro, más dominador y más emocionante que todos ellos. Del Guerra sólo tengo un recuerdo lejano y confuso, pero me parece que es el que más puntos de contacto tenía con Sánchez Mejías. Al sesgo no creo que haya existido nadie desde Lagartijo que pueda comparársele.

Ya hemos indicado en otro lugar que el hecho de que el toreo de Ignacio, de capa, en banderillas y de muleta, aparezca en determinados momentos forzado y violento, dando la sensación de intrepidez y

de temeridad, no depende de él ni de su estilo, que es todo tranquilidad, reposo, gallardía, dominio, valentía natural y consciente. Son las condiciones de los toros que no se prestan al lucimiento, y las exigencias del público a que dé siempre la nota aguda y fuerte. Esto le obliga, bien a pesar suyo, a violentar las situaciones y forzar las suertes, provocando el riesgo y desafiando el peligro por complacer al público. Quien conozca el carácter y la psicología de Ignacio, encuentra justificados estos alardes de intrepidez y de coraje. El no es un torero capaz de reservarse. No tiene la serenidad de José ni la indiferencia de Rafael. Cuando siente una protesta o escucha un grito, todos sus nervios se estremecen y vibran de indignación, de rabia, de ira ante la injusticia, y es entonces cuando comienza a torear violentamente, desesperadamente, trágicamente, para dar pasto a la voracidad hambrienta de emociones...

Aquí está muchas veces la razón de sus faenas sentado en el estribo. Aparte, naturalmente, de ser ésta una de las variedades de sus faenas de muleta. Sobre estos pa-

ses, como sobre el foreo de rodillas, existe una leyenda de muy dudoso valor. Sería muy conveniente rectificar en lo posible la opinión muy generalizada de que el foreo de rodillas es un "truco". Este es uno de tantos tópicos que circula entre los aficionados y que se emplea sin comprender el alcance de su significado. Creo que el ambiente taurino necesita un gran saneamiento. En crítica de toros las nueve décimas partes del público juzga la labor de los toreros de una manera impremeditada y cerril. Y esto se debe no sólo a su simplicismo a su impresionabilidad, sino también y muy especialmente a la falta de orientación y de enseñanza.

En materia de crítica taurina yo he tenido siempre una independencia salvaje. La sinceridad ha sido siempre la norma de todos mis juicios y opiniones. Cuando yo he intentado abordar un tema o estudiar la personalidad de un torero, no me he preocupado jamás de lo que acerca del mismo se ha dicho o se ha escrito. En este punto he sido tan riguroso que me he privado de toda lectura que pudiera influir en mis opiniones. Precisamente si alguna vir-

tud tienen mis escritos es el de ser absolutamente originales. Originales en este sentido; en el de haber nacido íntegros en la espontaneidad de mi espíritu. Es posible que algunos extremos tengan puntos de coincidencia y de semejanza, pero el fondo es de una honradez y de una pureza que son mi mayor orgullo. Esta limpieza de espíritu me absuelve de muchos yerros.

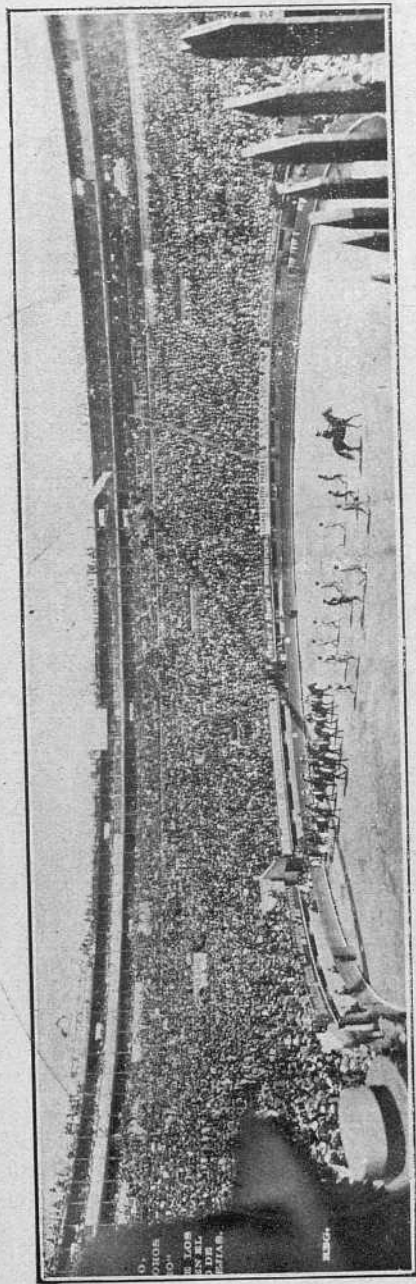
Pero volvamos a nuestro punto de partida. Vamos a ver. ¿Qué se quiere significar cuando se dice que el toreo de rodillas es un "truco"? ¿Que hay engaño? ¿No es esto? Yo me he dedicado pacientemente a buscar dónde está el "truco" y confieso mi torpeza: no he podido encontrarlo. La palabra "truco" no tiene en este caso concreto nada más que una acepción posible y es ésta: "simular un peligro que no existe". ¿Es así? Yo no sé la definición etimológica de la palabra. No tengo a mano ninguna fuente de información, ni siquiera un pequeño diccionario, pero en definitiva es igual. Si algún defecto tiene esa definición puede corregirse fácilmente. Ahora bien; la cuestión es ésta: ¿existe peligro en el pase de rodillas? Evidente. Luego ¿en qué consiste

el "truco"? ¿Será en que el toro no puede cornear estando el torero de rodillas? ¿Consistirá en que es más fácil al engaño por la manera de jugar la muleta? Pero esto no es posible, porque en este pase la muleta se juega con menos limpieza y más embarullada. Entonces ¿en qué? ¡Ah, sí! El "truco" está en que el toro se siente acobardado y no derrota porque siente compasión del torero. Pero el caso es que yo he visto a un toro meterle a un torero quince centímetros de cuerno en el vientre. ¿Y la célebre cogida de Bombita? ¿Y la muerte de Malla? No continuemos. Es necesario que digamos de una vez y para siempre que el peligro "es inminente en todo momento en que un torero está colocado frente a un toro". Esta es lo fija; todo lo demás es anécdota. Solamente hay una excepción que no excluye el peligro, pero que lo amigora, y es ésta: "Un torero correrá tanto más riesgo y tendrá mayor o menor peligro, según domine más o menos la suerte que ejecute". Ejemplo: Freg no será capaz de torear al natural, con la serenidad, con el temple, con el valor, con el dominio, con el arte maravilloso y genial de Juan Luis de

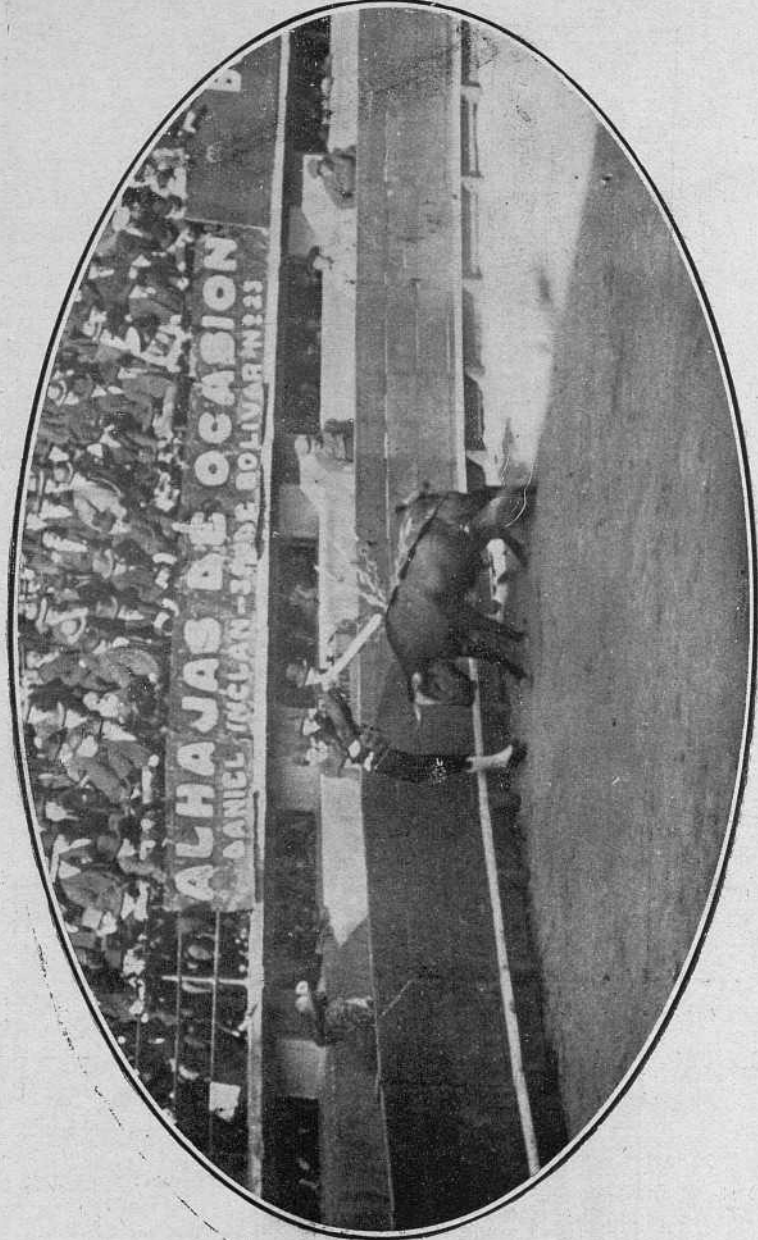
la Rosa. En cambio éste no podrá ejecutar la suerte del volapié con la facilidad de aquél. El peligro está en el mayor o menor dominio de las suertes. Esto es todo, aparte, claro está, de los accidentes imprevistos.

Esto no quiere decir el que yo sea partidario del toreo de rodillas. A mí me satisface más el toreo de pie. Creo que toreando de pie se llega a la mayor plenitud estética. Pero creo también que toreando de rodillas la emoción es de una gran intensidad y una gran fuerza. En el toreo de rodillas no se puede pedir la misma perfección y limpieza en la ejecución de las suertes que en el toreo a pie. Al comenzar violentando la posición natural del torero, que es la vertical, de pie, hay que violentar también todos los movimientos. Hace falta una gran destreza y una enorme agilidad en los brazos para jugar con relativa soltura y limpieza la muleta. Además, no se olvide que todo el toreo de capa y muleta se desarrolla a base de estos tres elementos, combinados o sueltos: juego de brazos, muñecas, cintura y piernas, y estos dos últimos desaparecen al torear de rodillas.

Una de las características principales del toreo de muleta de Sánchez Mejías es lo mucho que pára y la rapidez con que domina a los toros. Aparte, naturalmente, de la gran variedad que hay en su toreo de muleta. Desde el pase natural hasta el simple molinete los domina todos y los ejecuta con un gran arte. Menos sobrio que con la capa, es tan eficaz y emocionante. Pero lo más extraordinario en este torero es que para cada toro tiene la faena justa, precisa, necesaria. Desde la faena de castigo a la de defensa. Desde la de arte a la de valor. Con asombrosa facilidad cambia y varía las faenas según varían y cambian las circunstancias y las condiciones de los toros. Como Joselito, tiene la difícil facilidad de apoderarse de los toros en los cuatro primeros muletazos. Esto depende, de que como nadie, consiente y aguanta los toros. Este es el verdadero secreto del parón. Este no consiste, como vulgarmente se cree, en cortar en "seco" el viaje del toro. Esto es prácticamente irrealizable. El valor de este tiempo consiste en "fijar el viaje", "indicar el camino", "iniciar el lance", tomar al toro en el punto necesario, con



Aspecto que ofrecía la Plaza al hacer Sánchez Mejías el paseo la tarde de su beneficio en Méjico el año 1921|



Un par asombroso en tablas la tarde de su presentación en la Plaza del Toreo de México.

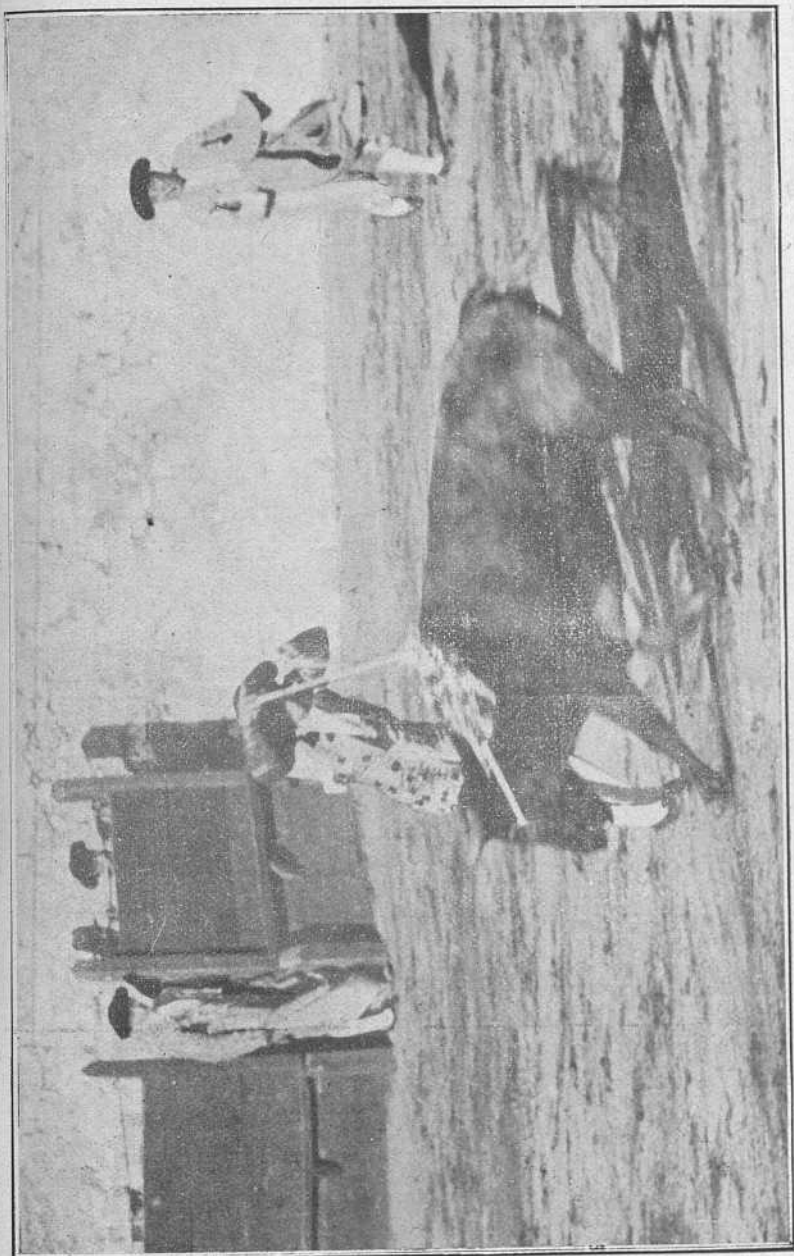


Sánchez Mejías el año que tomo la alternativa.

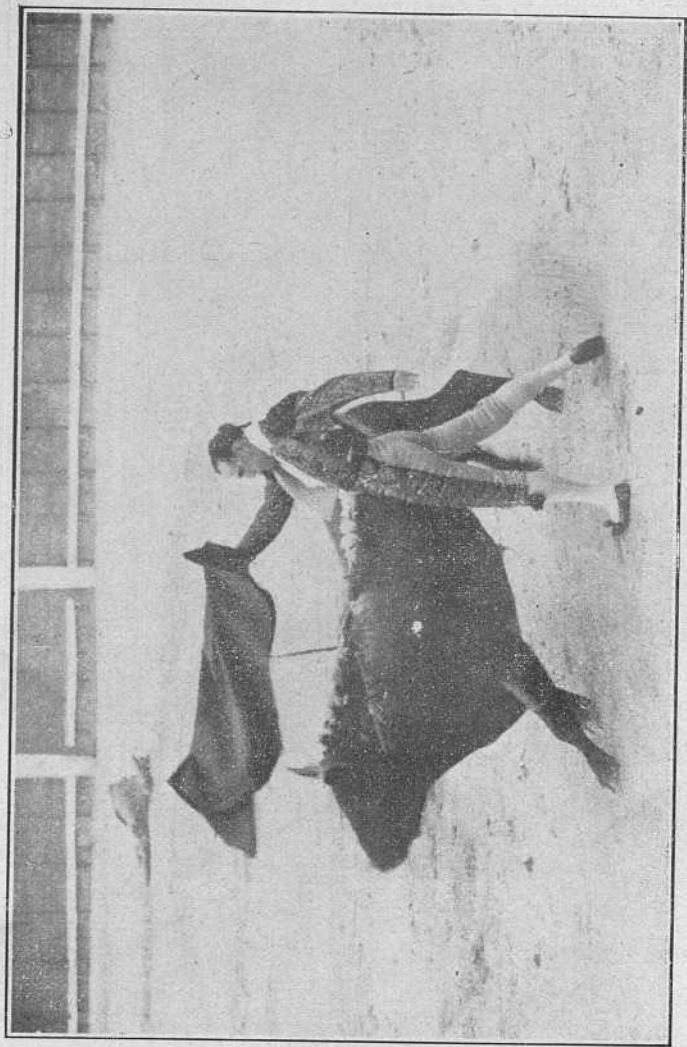


Quebrando un par, maravilloso, en las tablas.





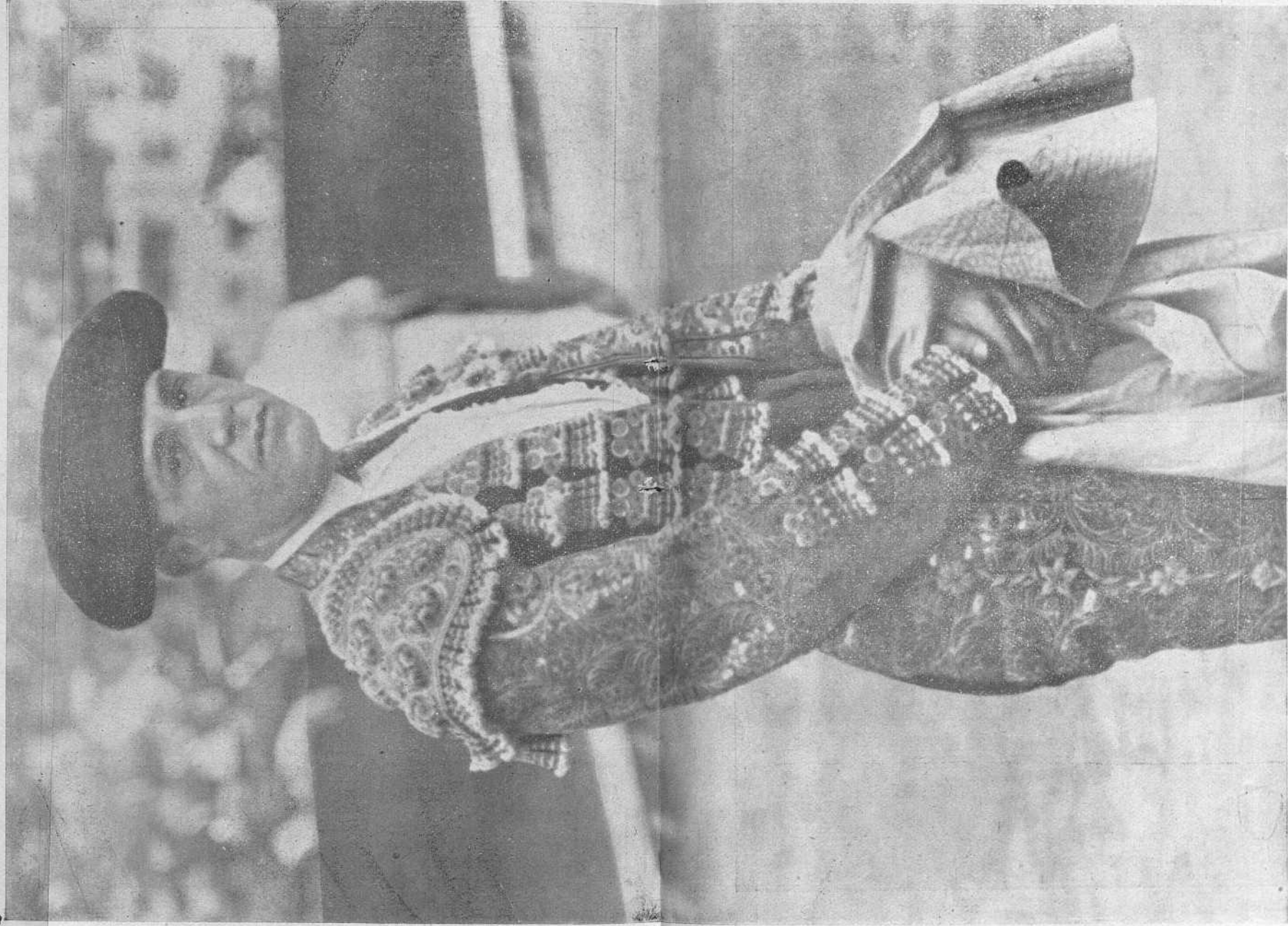
Un par en los medios.



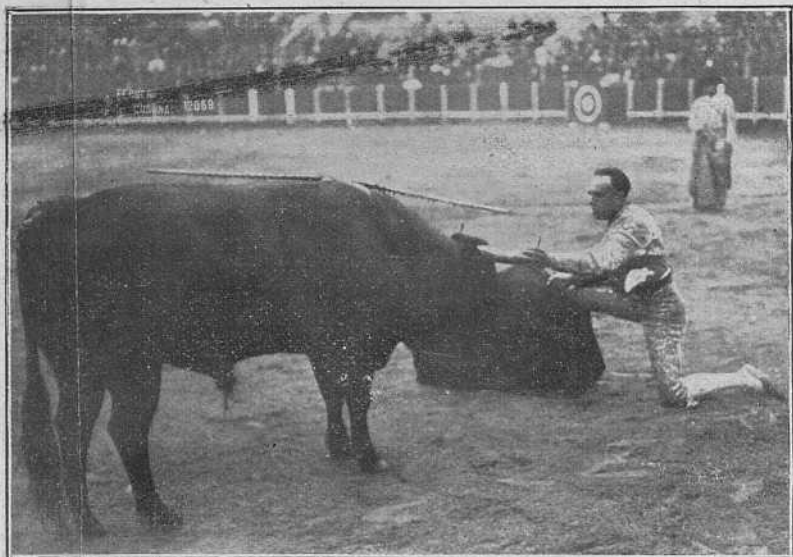
Un gran pase de pecho con la derecha.



Pasando a un toro sentado en el estribo.



SANCHEZ MEJIAS



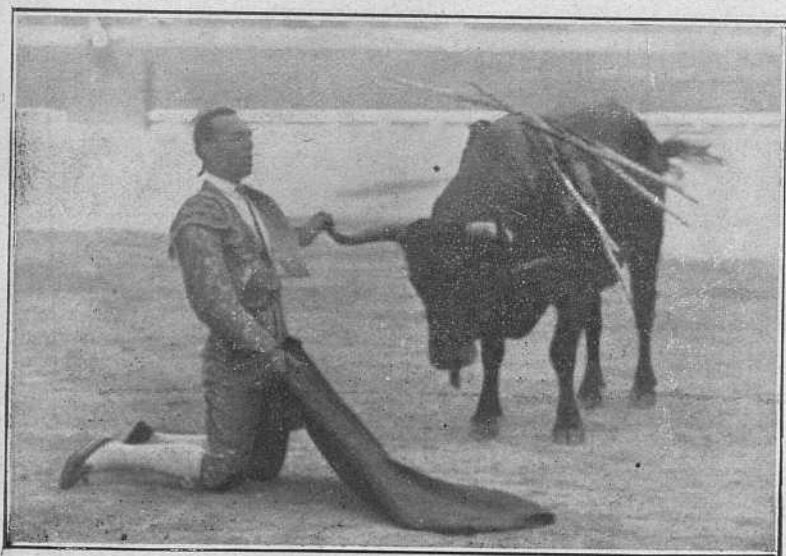
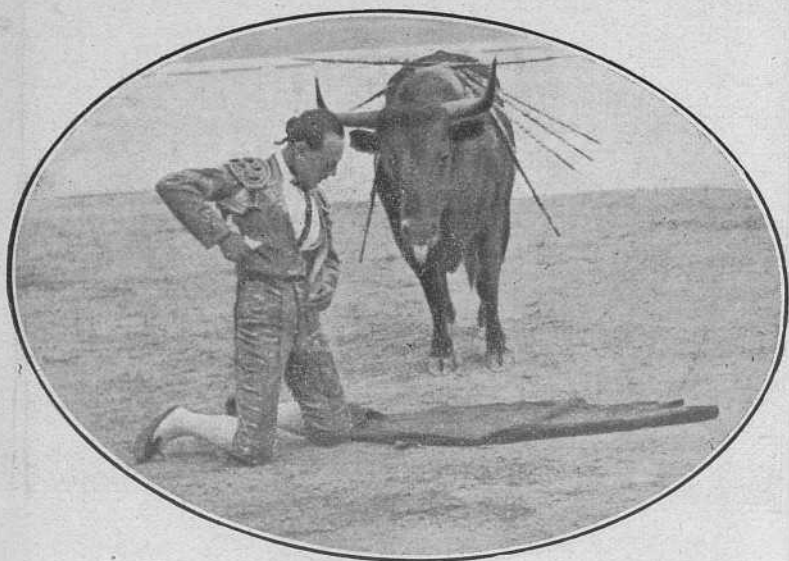
Obligando a pasar a un toro, de rodillas cogido al prón,



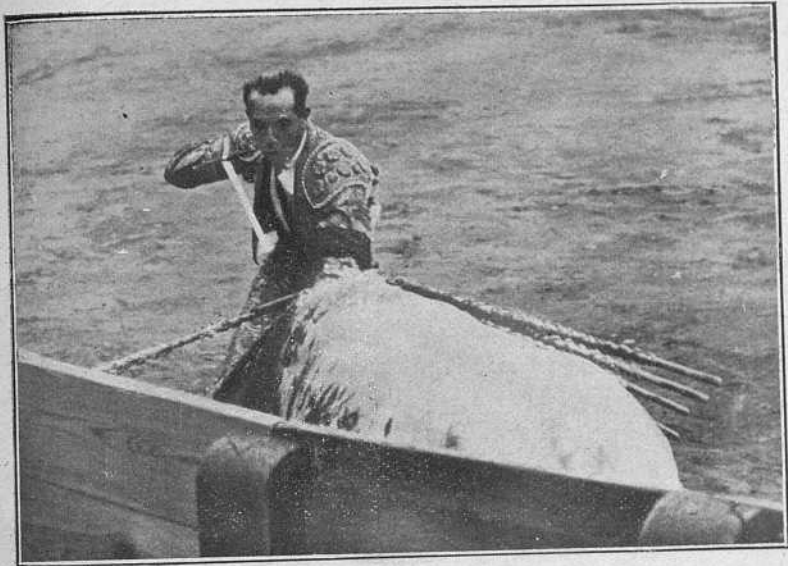
Adornándose en una faena.



Forcando al Natural.



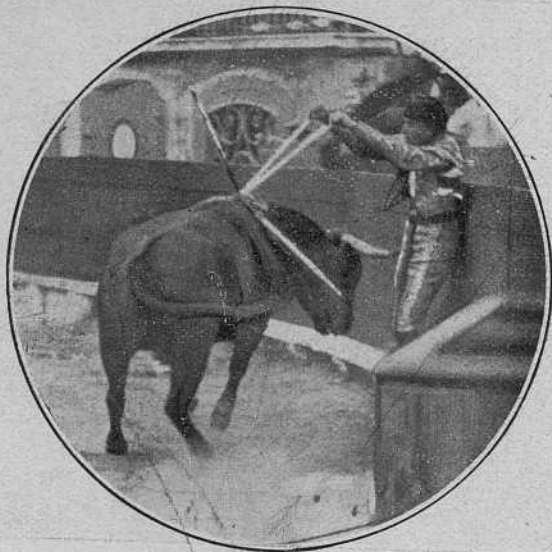
Dos momentos en una estupenda faena de muleta.



Perfilándose para entrar a matar.



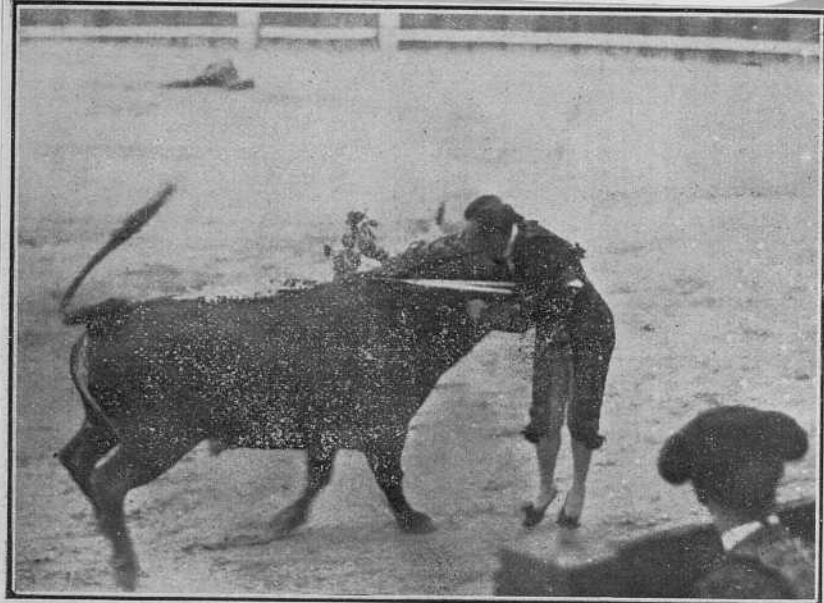
Un adorno en una faena de muleta.



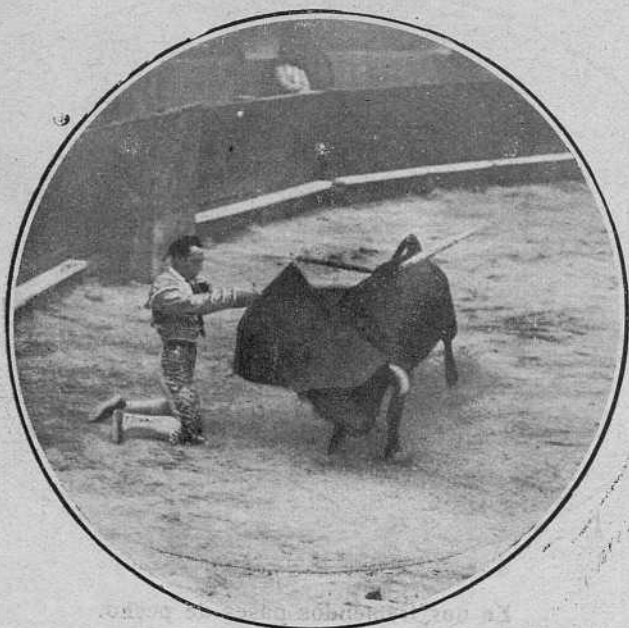
[Sánchez_Mejías en dos enormes pares de banderillas.



En dos tremendos pases de pecho.



Entrando a matar.



Un pase de rodillas.

el fin de que no entre ni muy "cerrado" ni muy "suelto". Así se evita el peligro y se le da al grupo más armonía y belleza.

Sin embargo, a Sánchez Mejías le ha sucedido en el toreo de muleta lo que con las banderillas. Se le ha censurado todo, todo, todo.—¿Por qué no torea de pie?—decían, y Sánchez Mejías se ponía de pie, y hecho una estatua daba el pase de la muerte cuatro veces.—De rodillas, pero sin embarullamiento—agregaban. Entonces, Ignacio clavaba las dos rodillas en tierra y ligaba cinco pases limpios, asombrosos de serenidad y de valor.—Que toree al natural—y el gran torero se levantaba del estribo antes de haber iniciado el primer pase, se llevaba el toro a los medios, y ligaba uno, dos, tres, cuatro pases naturales...

—¿Y el pase de la firma?—gritaba la turba de energúmenos ya vencidos y humillados. Y para complacerlos, Ignacio cogía la muleta en la mano derecha y se arrollaba el toro a la cintura. Y en esta posición, teniendo la penca del rabo junto al pecho, y habiéndole perdido la cabeza por estar el toro liado materialmente a su

cuerpo, se quedaba mirando al público...—
¡Que matel—volvían a aullar, y él se perfila,
y sin un gran estilo, pero con indudable
valentía, mataba los toros.

¿Para qué gritáis? No sois capaces de ver
la grandeza de ese torero. ¿No veis que a
la luz del sol, bajo la arena jalde, toda la
plaza es un ascua amarilla y roja, donde
se alza el corazón de un hombre en una
alta y sublime llamarada de esfuerzo, de
coraje, de heroísmo y de arte?

V

LAS GRANDES
TEMPORADAS

Como introducción a las grandes temporadas de Ignacio Sánchez Mejías, debemos consignar solamente su campaña de novillero durante los meses de agosto y septiembre del año 1918. Las tentativas que hizo en años anteriores, desde su primera revelación como matador de novillos en la Plaza de "El Toreo" de Méjico el año 1911, hasta su última novillada toreada en Bilbao el 16 de mayo del año 1915, sólo tienen un valor episódico y circunstancial. Esta primera época de Sánchez Mejías es tan poco interesante, que no la consignamos ni aun como dato biográfico. En realidad, su nombre como matador de novillos adquiere popularidad y prestigio a partir de la fecha de su debut el día 18 de agosto de 1918 en la Plaza Monumental de Sevilla, hasta el 1 de noviembre del mismo año en Puente Genil, donde termina su campaña como novillero. En estas corri-

das armó tales alborotos, que durante un mes no se habló en Sevilla ni en casi toda Andalucía más que de la "revolución" que había hecho Ignacio en la Plaza Monumental. Su nombre fué banderín de guerra, y en torno a él comenzaron a suscitarse las discusiones más apasionadas y los comentarios más entusiastas y ruidosos.

Su fama circuló rápidamente por todas partes, y de casi todas las plazas de España comenzaron a "lloverle" contratos y proposiciones de alternativa. Hasta el empresario de la Maestranza de Sevilla señor Salgueiro, se puso al habla con Ignacio y le ofreció las corridas de feria en aquella plaza. Pero el 22 de septiembre del mismo año de 1918, en una corrida celebrada en Ecija, un toro de Darnaude le dió una cornada grave en el muslo, interrumpiéndole la carrera vertiginosa que había emprendido y obligándole a hacer un alto en el camino.

Este percance fué tan sensible para Sánchez Mejías, que echó por tierra todos sus proyectos, viéndose en la necesidad de demorar su alternativa que debía tomar en Madrid el 6 de octubre de aquel mismo

año de manos de su cuñado Rafael el Gallo. Terminó su campaña de novillero después de haber toreado 10 corridas por este orden: Agosto 18, Sevilla; septiembre 1-8-15, Sevilla; 16, Aracena; 19, Sevilla; 21 y 22, Ecija; octubre 13, Córdoba; noviembre 1, Puente Genil.

Aquí es donde se reveló Ignacio como uno de los toreros más valientes que habían existido en la historia de la tauromaquia. Los acontecimientos posteriores son una confirmación de esta espléndida promesa. Veámoslo.

* * *

Al comenzar la temporada de 1919, Ignacio Sánchez Mejías se planteó el siguiente dilema: triunfar o morir. Este fué su más bello gesto. De una rápida mirada abarcó toda la situación actual y se dió cuenta perfecta del estado en que se encontraba el toreo en aquella época. Dueños absolutos del campo taurino Joselito y Belmonte, comprendió lo difícil que era el colocarse junto a ellos, allí donde no habían podido estar ni Bombita, ni Machaco,

ni el Gallo, ni Gaona. La empresa era colosal y el esfuerzo tenía que ser gigante. Además; él tenía que hacerlo en aquella misma temporada. Era un salto audaz y grandioso. Pero ¿qué remedio? La suerte estaba echada. En esta lucha tenía empeñada la vida. Pero precisamente esta era su mayor garantía y su más firme esperanza. Era un duelo terrible a muerte con el destino. Las consecuencias podían ser funestas, pero había que aceptarlas previamente como imperativos obligados de la necesidad. Y allá fué Ignacio como un predestinado de los dioses, como la sombra agorera y trágica de un fatalismo. Hubo un momento en que vió de cerca toda la magnitud del esfuerzo que tenía que realizar y se sintió caer... Tuvo unos instantes de vacilación, de duda, de temor y hasta de vergüenza... Fué el primer día que alternó con José y Juan. El mismo nos ha referido aquellos momentos de verdadera angustia, en los que estuvo a punto de declararse vencido sin combatir y ser ante la lucha cobarde.—“Cuando llegué aquel día a la puerta del arrastre para hacer el paseo, y me encontré a un lado a José y al otro a

Juan, sentí un estremecimiento que no fué de orgullo ni de vanidad sino de verdadero rubor. Como un chiquillo atemorizado me coloqué entre los dos, y entonces fué cuando sentí una sensación de pequeñez tan grandé, que me obligó a bajar la cabeza un poco avergonzado. ¡Qué minutos aquellos! ¡Cómo viví entonces toda la tragedia de mi ideal de grandeza! Allí estaban los dos maestros, y yo iba a colocarme junto a ellos dispuesto a contender y a triunfar. Esto me parecía tan imposible, que sentí la tentación de retirarme y renunciar a la lucha. ¿Pero no era esto un sueño? ¿Cómo yo, que sabía acaso mejor que ningún otro lo que habían hecho en el toreo José y Juan, me atrevía a cometer semejante osadía? ¿Qué va a pasar aquí?—me dije—Pero fué un relámpago. Sonaron los clarines. Abrieron el portón, y al oír los primeros acordes de la música y el griterío de la multitud que se apiñaba en los tendidos, sentí toda la divina embriaguez que produce la sangre y el sol... ¿Para qué pensar? Allí estaba el ruedo encendido y rojo, y yo iba dispuesto a jugarle la vida en el primer envite... Ya no había lugar a la duda

ni al remordimiento. Yo no podía detenerme a pensar en la fama, en el prestigio ni en el nombre de mis compañeros. Era uno más para luchar con ellos; pero por cima de la desgracia o de la fortuna, de la vida y de la muerte, yo debía triunfar. Pero pronto, pronto. Cada tarde, cada toro, cada momento tenían que ser para mí una victoria. Había perdido mucho tiempo y tenía que ganarlo costase lo que costase. Había que dar un salto mortal de conquista y de gloria, y allá iba yo con mi carne, con mi sangre y con mis huesos. ¿Qué importa el vértigo de la altura, ni la distancia del salto? Mi vida sólo tenía una ambición vertical y absoluta: llegar!"

En estas líneas está toda su campaña del año 1919. Fué algo de vértigo, de pesadilla, de locura. Carrera loca y desenfrenada de un hombre que llega tarde. Sus triunfos se cuentan por corrida. Las discusiones son cada vez más apasionadas y violentas. Los públicos le miman y le agasajan. Recorre España en plena apoteosis. Una exclamación de asombro sigue a sus gestos de valor, y una gran admiración producen sus alardes de gallardía. Por donde pasa va

firmando contratos. Una sola corrida le basta para su revelación. Su partido es cada vez más numeroso y entusiasta. En él figuran los verdaderos amantes de la fiesta, los que admiran sobre todas las cosas la bravura y la bizarria del hombre frente a la muerte. Quieren que el espectáculo no pierda su primitiva pureza, la limpia ejecutoria de su tradición; por eso se agrupan en torno a este hombre que viene a arrojar del templo a los "mercaderes". Por todas partes corre la fama de su valor. Hasta el propio Joselito, al contemplar los alardes de bravura de su cuñado, dice: "que para forear así, va a tener que hacerse un pecho de bronce y una barriga de hoja de lata".

Pero ya comienzan a surgir los primeros enemigos. Todavía son pocos y le combaten con cierto temor. Pero poco a poco va creciendo la turba, y la pasión y la injusticia van clavando en él sus garras. La crítica, que al principio le mimaba, ahora comienza ya a combatirle. No teniendo otros reparos que oponerle, le censuran su falta de arte. Pero él confiesa que su aspiración no es llegar a ser un estilista. Entonces le llaman despectivamente un suicida, un

loco y un temerario. Y no contentos con esta lucha enconada y sorda, apelan a la difamación y al ultraje. Estos son los primeros chispazos que, andando el tiempo han de convertirse en borrascosa tormenta y que le han de acompañar durante toda su carrera. No contentos con combatir al torero, censuran al hombre. Su carácter, su genio, su temperamento, sus formas, su ambición, su egoísmo... todo, todo es motivo de censura, de crítica, de ataque. A su alrededor se va creando un ambiente de impopularidad y de antipatía que más tarde ha de dar sus frutos. Pero él sigue su loca y desenfrenada carrera hacia la conquista de la gloria o de la muerte. Toda su vida se desborda en un ciego frenesi de pasión, de coraje, de esperanza y de optimismo en el triunfo.

De esta temporada son los fragmentos y las crónicas que copiamos a continuación, debidos a la pluma brillante del crítico de "A B C", Gregorio Corrochano.

Dice al comentar las corridas de la feria de abril en Sevilla:

"Por la tarde, toros en la plaza Monumental. Ganado de Gamero Cívico, poquita

cosa, flojo, sosote; sólo hay un toro verdaderamente bravo, el sexto. Torean Gallito, Camará y Sánchez Mejías. La corrida está narrada en pocas palabras.

Solamente Sánchez Mejías se arrimó al toro. Gallito y Camará salieron del paso sin que dieran ni una vez ocasión de aplaudir. Muletearon de cualquier manera, y a la hora de matar tiraron el estoque, cayera donde cayera, y cayó mal.

Sánchez Mejías, valiente, valiente; esa fué su característica. Quitos emocionantes, ceñidísimos, quieto, parado; pero de qué manera! Unos pares de banderillas estupendos, aguantando al toro mucho a pesar de lo que le adelantaba. Toreó al natural y de pecho. Para matar se dejó caer sobre el morrillo; la estocada del último puede calificarse de superior. Le notamos que tiene un noble afán de agradar, y pone en este empeño toda su valentía, que es enorme. Quizá este mismo deseo le perjudique un poco, porque le da a su labor algo de precipitación. La práctica le irá acoplando a las necesidades de la lidia. Salió en hombros. Ya tiene aquí partido."

Continúan las corridas y sigue triunfando

Sánchez Mejías. Leamos a Corrochano:

"Día 28. En la Monumental se lidian toros de Pablo Romero. Hay que verlos. Después de esta corrida, lo primero que se nos ocurre anotar es que Sánchez Mejías es el torero más valiente, el único que se arrima al toro en lo que va de feria de Sevilla.

Sale un toro, los toreros se adornan más o menos; pero el que aguanta, el que expone, el que nos da la emoción, es Sánchez Mejías. Tanto resalta su valor, tan cerca se le ve de los toros, transmite al público de tal manera el riesgo probable, el peligro de que se rodea, que la gente ya teme y augura el percance. Con el capote está que da miedo, y con las banderillas, no es posible aguantar ni emocionar más.

En esta corrida puso a un pablorromero, que era un toro hermoso, un par que no lo mejora ni Joselito... ¿Hemos nombrado a alguien? Pues nos ratificamos: ni Joselito.

Fué así: El toro, muy cerrado en tablas, Sánchez Mejías al hilo de ellas muy en corto y con muy poca salida, con la precisa nada más, sale como para sesgar, y se

mete por los terrenos de dentro. El par es enorme por la valentía en meterse allí, por la precisión para ejecutarlo. Una distancia mal medida, un tiempo mal calculado, un extraño del toro, cualquier cosa puede malograr la suerte, que de no salir justa, precisa, matemática, el torero quedará clavado en la barrera. El toro salió tras él, como no podía menos de suceder en aquel terreno y con un toro bravo, y Sánchez Mejías apenas tuvo tiempo de llegar al burladero y quitarse el toro con la montera.

Como este par sólo recuerdo otro parecido: uno que puso Gallito aquí, en Sevilla, en una corrida de la Cruz Roja, a un toro de Saltillo.

Todos los detalles fueron iguales, hasta el refugio del torero en un burladero, perseguido por el toro.

A este par de Sánchez Mejías le encuentro un mérito sobre aquél: el de la precisión de los terrenos.

Puso otro, de poder a poder, en los medios, estupendo.

Después de estos pares de banderillas, hizo Sánchez Mejías una faena machaquista, queremos decir valiente, apretada, casi

toda con la izquierda, emocionante en sus pases de pecho.

En seguida, quizá un poco precipitado, porque el toro no se había cuadrado bien, entró derecho a matar, y dió una estocada desprendida. Se le concedió la oreja. En el otro hizo una faena para igualar, dió un pinchazo y media estocada atravesada.

Cuando se precipite menos, cuando tenga más calma, lucirá más. Es un torero que quiere hacer más de lo que puede; le sobra valentía, tiene más corazón que habilidad. En Madrid, donde tanto gustan los toreros valientes, tendrá Sánchez Mejías un éxito; porque, no cabe duda, es el torero más valiente, sin desplantes, sin artificio, sin proponérselo, porque sí, que es la única razón de estas cosas."

En esta feria y en la corrida del día 29 de abril, toreando con Joselito y Fortuna toros de Muruve en la plaza Monumental, sufre una cogida que le tiene sin torear hasta el 8 de junio en Algeciras. A partir de esta fecha cada corrida es un triunfo más para el valiente torero. Pero donde culmina su campaña es en las corridas del Norte.

No podemos resistir a la tentación de copiar las bellísimas crónicas que el maestro Corrochano dedica a Ignacio.

“TOROS EN SANTANDER

... SÁNCHEZ MEJÍAS PONE AL PÚBLICO EN PIE

¿Qué ocurrió? Pues ocurrió que hizo Sánchez Mejías la faena de más arte, de más valor que le vimos hacer.

Fué así:

Toreó valiente con el capote. El toro no estuvo bravo en el primer tercio. No importa; Sánchez Mejías, a pesar de ello, coge los palos. Sánchez Mejías tiene la buena costumbre de sacar todo el partido que puede del primer toro, aunque no sea bueno, por si el que queda es peor.

Como no contrata más que una corrida en cada feria de éstas, no tiene desquite, y tiene que ganar el cartel en una tarde, en el primer toro, cuanto antes mejor. Ocurrió una cosa que da idea del matiz que va to-

mando la fiesta. Acostumbrado el público a foreros que se preocupan más de las ventajas que de la emoción, se asustó al ver a Sánchez Mejías. Cuando el público vió que intentaba banderillar con el toro tan cerrado que apenas quedaba hueco para pasar, intentó hacerle desistir. Los toreros, incluso Gallito, contagiados como el público, se llevaron al toro. Pero, señores, ¿por qué? ¿Conque sale un torero valiente, que es más difícil en estos tiempos que un mirlo blanco, y no le vamos a dejar? ¿Conque estamos empalagados de ver banderillar apelando a todos los recursos, y nos vamos a oponer a estos pares de banderillas que dan la sensación más fuerte que da banderillero alguno? Menos mal que Sánchez Mejías no hizo caso. Puso un par desigual, aguantando mucho; luego puso dos por dentro con el toro casi dando en las tablas, que no hubo nervios para verle sentado, y el público siguió toda la preparación puesto en pie. Por la precipitación y por lo que estorbaban todos los toreros, que no le dejaban tranquilo, por poco le coge. Gracias a que al caerse el torero se cayó también el toro. El último par fué ya

inverosímil. Es imposible hacer más a la perfección la suerte de la mariposa. Todavía pidió permiso, y puso un cuarto par al sesgo. La gente estaba verdaderamente aterrada. Cogió la muleta, y el toro se arregló tanto en banderillas, que estaba ya suave y bueno. Empezó Sánchez Mejías sentado en el estribo, y luego dió una serie de pases naturales y de pecho con la mano derecha, pasando todo el toro con lentitud y temple y estirándose el torero en cada pase, ligando la faena, una faena quieta, reposada, torera, superior. Y a todo esto el público, entusiasmado, seguía en pie. A la emoción del valor se había sumado la emoción artística, y seguía interesadísimo la faena. Tres pinchazos, queriendo matar, y una estocada hasta la mano. Le concedieron la oreja, dió dos vueltas al ruedo, salió a los medios, y se lidiaba el otro toro y aún duraban la emoción y las ovaciones.

Cuando el público, hoy un poco asustado de ver a este torero tan valiente, se acostumbra a él, va a ser muy difícil torear con Sánchez Mejías y torear con habilidades. Porque resaltarán en seguida. Será un juego de manos con la trampa a la vista, y no

interesará. Yo siempre que presencio estas cosas me acuerdo de Madrid.

Añadiré que Sánchez Mejías se está imponiendo él solito en cada feria a fuerza de valor.

El resumen de la labor de Sánchez Mejías lo hizo Belmonte con una frase tan corta como gráfica al preguntarle un amigo desde la barrera:

—Juanito, ¿qué te parece Sánchez Mejías?

Y Belmonte contestó:

—Una cosa muy seria.“

“TOROS EN VITORIA

SÁNCHEZ MEJÍAS O EL TORERO DE LA EMOCIÓN

(Crónica telefónica de nuestro redactor.)

Vitoria, 5, 1 madrugada.—Un amigo de Sánchez Mejías, testigo presencial, me lo refirió. Con todo cuidado trasladaron al torero desde Córdoba a Sevilla. Sabido es que recién salido de la cornada que sufrió

por feria en Sevilla, toreó la feria de Córdoba, donde fué herido nuevamente. Para evitar alarmas en la familia, Sánchez Mejías entró en su casa por su pie, apoyado en dos amigos. Su hijo, un niño de tres años, salió contentísimo a recibir a su padre, en busca del regalito, de la golosina acostumbrada. Al llegar junto a él cesó el niño en su gozo; miró, abriendo mucho los ojos, una mancha de sangre, y dijo con tono de reconvención, un poco desconsolado: “—Pero, papáito, ¿otra “corná”?

Yo me acordaba hoy de este niño. Cuando Sánchez Mejías dió los tres pases sentado en el estribo y vi que el toro se le quedaba, temí que su hijo volviera a turbarse en presencia de otra “corná” de su papáito.

¡Qué valiente está este forero!

Fué la de hoy una tarde forzada. Cuando las corridas no salen fáciles, Gallito y Belmonte pueden tener la comodidad de no hacer nada, como sucedió hoy. Su cartel, su crédito, si no les autoriza a ello, les permite un compás de espera. La difícil tarea de conquistar a los públicos ya la tienen salvada. Con mantener su personalidad les

basta para triunfar, y una tarde de holgazanería nada les resta, como no sea el aplauso del momento. Sánchez Mejías, no; Sánchez Mejías está formándose, y al desfilar este año por cada plaza no puede perder la ocasión del aplauso. Si no viene éste con facilidad, tiene que buscarlo, aunque sea como hoy, violentando las circunstancias. Su primer toro, tercero de la tarde, tenía más nervio que bravura. Había que exponer y había que forzar la nota para no caer en el desagrado en que habían caído Gallito y Belmonte. Sánchez Mejías toreó de capa de una manera que hasta entonces la plaza no había aplaudido ni se había emocionado. Tomó los palos y puso un par en los medios, de banderillero que encuentra toro en todas partes, se arranca el toro como se le arranca.

¡Qué bien se le puso en el camino! Puso otro par cerradísimo en tablas y por dentro, que se puede llamar el par de la mariposa, porque el día que se equivoque el toro o el torero éste se queda clavado en la barrera. Terminó al sesgo—ya se ven muy pocos pares de éstos—, metiéndose mucho en el terreno del toro. Cogió la mu-

leta y se sentó en el estribo. El toro, tardo, no embistió. Hizo bien en no embeslir, porque no crean ustedes que no era peligroso el empeño, con el toro colocado, no al hilo de las tablas, sino casi perpendicular a ellas. Un capotazo oportuno cerró más al toro, y entonces fué cuando dió Mejías los tres pases sin levantarse, uno de ellos de pecho, y el último con el toro tan cerca que fué cuando me acordé del niño, porque se veía la cornada. Siguió valiente, rabioso, forzando la nota para conquistar un cartel que no era fácil conquistar con este toro. Dió un pinchazo bien señalado, haciendo mucho por matar, y en la segunda parte se destacaron dos pases de pecho emocionantes. Pinchó cuatro veces más un poco precipitado y nervioso de ver que quería matar y no lo conseguía. No obstante su poca suerte al herir, se le aplaudió mucho. Por lo menos hubo buen deseo y valentía, dos características de que se habían despojado los maestros.

En el toro sexto, que fué bravo y pegajoso, de esos que se revuelven y están siempre encima del torero, banderilleó de la misma manera que en el toro anterior, pero

dando menos emoción. Empezó la faena de muleta con un pase por alto con la mano izquierda, y sin moverse dió el pase de pecho. Me recordó aquella manera solemne con que empezaba Vicente Pastor muchas de sus faenas. El tercer pase fué natural, rematado por bajo, dejándose el toro tan cerca, que otra vez temimos el percance. El toro, pronto, se revolvía rápido, peligroso. El torero, valiente, aguantó las acometidas del bravo animal. Entró derecho a matar y dió una estocada muy delantera y perpendicular. Descabelló, y el público, contento de este torero que no se reserva para las plazas de primer orden, sino que en todas partes da cuanto tiene, le sacó en hombros.

Para Sánchez Mejías, en cambio, no hubo dificultades, y aunque las hubiera, como se ha propuesto que no las haya, las vence, aunque corra el peligro de que le reprenda su hijo, diciéndole: —“Pero, papáito, ¿otra “corná”?”

"TOROS EN SAN SEBASTIAN

SÁNCHEZ MEJÍAS PONE SITIO A LA PLAZA DE
BILBAO

(Crónica telefónica de nuestro redactor.)

Vamos a justificar el título de esta crónica. Sánchez Mejías toreó en todas las plazas del Norte, menos en Bilbao. Las corridas de Bilbao son las más importantes. Todos los toreros desean torearlas. Sánchez Mejías quiere ganarse el cartel de Bilbao y para ello nada mejor que lo que está haciendo. Triunfar en Vitoria, triunfar en Santander, triunfar en San Sebastián. No cabe duda que ha puesto sitio a Bilbao, de una manera tan tenaz, tan persistente, tan estratégica, que Bilbao se le rendirá. Los bilbaínos, con esos maravillosos automóviles que poseen, van a todas partes; son los que más viajan, los que ven más corridas de toros; y a estas horas le han dicho a Sánchez Mejías que lamentan que por una mala tarde a principio de temporada

quedara excluído del cartel de Bilbao. Para el año que viene será otra cosa, porque el torero que gana las plazas de Vitoria, Santander y San Sebastián tan valientemente, ha ganado la de Bilbao.

Hoy ha tenido otro éxito y, a mi juicio, su éxito está avalorado por el giro que va a dar a la fiesta. Con Sánchez Mejías en la plaza se acabó eso de echar fuera las corridas con tanta comodidad como poco estímulo. Sánchez Mejías, con su valentía natural, va a obligar, sin querer, sin proponérselo, a que las cosas se hagan como deben hacerse; un poquito mejor de lo que se hacen. Por ejemplo: Gallito, que es un banderillero asombroso, al no tener competidor, se vulgarizó de tal manera, que daba pena verle banderillear. Pues ya empieza a banderillear de otro modo y no sé por qué se me figura que ahora es cuando vamos a ver todo lo que puede hacer Gallito con las banderillas. Hoy puso un par al quiebro, muy en corto y por el lado izquierdo, en el que aguantó y expuso más que en todo lo que va de temporada. Y como éste muchos detalles.

A Sánchez Mejías le falta en contra te-

rreno para matar y recuperar las facultades perdidas por las cornadas de Sevilla y Córdoba. En cuanto lo consiga, va a ser el torero soñado, ese torero que tanta falta nos estaba haciendo para que la fiesta recuperara el brío y la dignidad que estaba perdiendo. Sánchez Mejías va a ser, lo está siendo ya, como una de esas inyecciones maravillosas que cambian radicalmente un organismo. La fiesta estaba desnucada; pero no hay que temer: toda su fuerza la va a recuperar con Sánchez Mejías. Porque además hay que advertir que todo lo que está haciendo lo hace sin toros a propósito, sin toros fáciles. Todo fué a costa de valor, de valentía, para dar el mayor rendimiento posible. Los toros más difíciles fueron los suyos, y, sin embargo, hoy en San Sebastián sólo se habla de Sánchez Mejías al comentar la corrida.

Banderilleó con ese estilo y en ese terreno emocionante en el que no tiene rival. Puso esos pares que no hay manera de verle sentado ni de que la gente calle ni se ponga de acuerdo. Los medrosos gritan que no, los que están empalagados y ávidos de emoción gritan que sí. Unos y otros,

al final, aplauden entusiasmados. Pronto habrá unanimidad. Cuando los que temen y los que disfrutan se convenzan de que hay mucho peligro, pero también mucha seguridad, pues es un momento que domina admirablemente este torero, entonces todos gustarán de esta emoción.

Sentado en el estribo dió un pase ayudado y otro de pecho. Salió a los tercios, y quieto, parado, sin enmendarse ni dar vueltas alrededor del toro buscando por dónde le gusta más, sin esos avances ni esos retrocesos que parecen juegos de estira y afloja, hizo una faena seria, emocionante, en la que toreó superiormente con pases altos, en que sacó la muleta por el rabo y pases naturales. Una faena enorme, jaleada y aplaudida. Así se torea en la suerte natural: adelantando la muleta para obligar al toro. Así se saca todo el partido posible, pues esperar a que se arranquen los toros buenamente con el número de capotazos que llevan es esperar sin esperanza.

Por eso Sánchez Mejías, siendo menos torero que Gallito y Belmonte y tocándole peores toros, sacó mucho más partido que

ellos porque toreó como se debe torear. Por eso hizo pasar a un toro que los demás no le hubieran hecho pasar, puesto que no pasaron a los suyos, que eran mucho mejores.

Mató Sánchez Mejías de un pinchazo y media estocada un poco delantera. Le dieron la oreja, la vuelta al ruedo y salió a los medios varias veces a saludar. Como en Santander, como en Vitoria, como en todos los sitios adonde va.

El sexto era el más difícil de todos: manso, reservón, con poder. No arrancaba; pero cuando lo hacía era para algo más que para que se luciera el torero. En su afán de pagar al público su entusiasmo, banderilleó Sánchez Megías. En esto fué inoportuno; el toro no estaba para que el matador banderillease. Puso dos pares casi en los medios, muy en corto, andándole demasiado despacio, y como el toro le cortó con poder, le dió un varefazo.

Se me olvidaba aplaudirle que no torear a este toro, pues salió ya aplomado, sin correr tras los capotes. Me pareció muy bien la determinación de no torear. Además de valor con los toros hay que tener

el valor de acabar con ciertos vicios, aunque el público guste de ellos.

El toro, poco picado porque se iba en cuanto sentía el hierro y porque no engan-
chó en los caballos, llegó con todo su po-
der. Sánchez Mejías se hizo con él en po-
cos pases y le mató de una estocada corta
y un descabello.

Guerrita me ha hecho de Sánchez Me-
jías grandes elogios, y de los otros no quie-
ro decir lo que me ha dicho.,

Termina esta primera temporada de al-
ternativa después de haber foreado desde
el 16 de marzo en Barcelona, fecha de su
doctorado, que lo recibió de manos de Jo-
selito, hasta el 26 de octubre en Murcia, fir-
mando más de ochenta corridas, y no pu-
diendo tomar parte nada más que en cin-
cuenta por los percances sufridos.

La temporada de 1920 fiene para Sán-
chez Mejías los caracteres de una verdade-
ra consagración. El día 5 de abril, en la co-
rrida de Beneficencia celebrada en Madrid,
le confirmó la alternativa Joselito. A partir

de este momento, Sánchez Mejías aparece definitivamente colocado junto a Joselito y Belmonte. Pero el 16 de mayo, en la plaza de Talavera de la Reina, un toro de Ortega mata a Joselito. Permítasenos que abramos un breve paréntesis en esta narración de hechos y sucesos, para evocar un instante la figura del gran maestro de Gelves, dedicándole el recuerdo que en ley y en justicia merece.

Llegado este momento, yo quisiera que mis palabras tuvieran la sagrada virtud de un acto de contrición y de arrepentimiento. Necesito hacer una confesión honrada y sincera. Sobre mi conciencia pesa la sombra de un gran remordimiento. Yo no sé hasta qué punto, los que seguimos a Belmonte hemos sido justos o injustos con el pobre José. Si hay algo que pueda justificar nuestra conducta, es la pasión. Pero es indudable que para todas las acciones de la vida hay un límite, más allá del cual no se puede ir sin cometer una notoria injusticia y una insensatez punible. Y algunos de nosotros, justo es confesarlo, hemos ido en algunas ocasiones, más allá de nuestro propósito. La pasión ha enturbia-

do muchas veces nuestro juicio, y hemos sido excesivos en el ataque y parcos en el elogio. Entonces creíamos que esto era lo justo y que así servíamos mejor la causa de nuestro partido. Sobre todas las cosas, fuimos consecuentes y leales. Esta es la única justificación a nuestra conducta. Pero hoy, a distancia, recordando serenamente aquellas luchas apasionadas y turbulentas, comprendemos que en el fondo de nuestra lealtad y de nuestra consecuencia había una amargura y una injusticia para el hombre que combatimos. Y de esto es de lo que no podremos consolarnos jamás. Fuimos enemigos de José, ¿por qué no decirlo?, no sólo por admiración a Belmonte, que esto al fin y al cabo es legítimo, sino también y esto es lo grave, por pasión y por sistema. Por eso ahora queremos desagraciarlo muerto, ya que no pudimos hacerlo en vida. Hacia su tumba rodeada de misterio y de silencio, va toda la efusión de nuestro corazón de aficionados y toda la admiración de nuestro pensamiento.

Joselito ha sido tan portentosamente grande, que no ha tenido par ni acaso tenga sucesor. Era algo pleno, total, absoluto,

definitivo. Infinitamente sabio; soberanamente artista; inmensamente valeroso. El lo era todo: el genio, la cumbre, el ideal, la grandeza, la majestad y el poder. Como un dios-niño, su mirada de águila lo abarca todo, todo lo comprende, todo lo domina y lo sabe todo. Es un prodigio de la Naturaleza; una genial creación del hombre. Si en el toreo hay algo de ciencia, él lo sujeta a medida, a norma, a orden, a sistema. Si hay algo de arte, él lo purifica, lo exalta y lo engrandece hasta un límite más allá del cual no ha podido llegar nadie, absolutamente nadie. Si finalmente, hay algo de valor, él le da un contenido más noble y rico, más humano y racional, preparando el advenimiento de Sánchez Mejías, que ha de llevarlo a su más completa perfección, a su más colmada plenitud. Y en un orden más alto, él representa el sentido ideal de todas las civilizaciones: la idea venciendo al músculo; la inteligencia, dominando la materia, y el instinto sometido a la razón. Joselito es superior a todos, y más grande y más excelso que todos, porque en ninguno como en él se da en tanta cantidad ni en tanta calidad todo el

arte de torear. Por eso su nombre ha pasado a la historia como el verdadero tipo clásico del torero. Esta es concretamente, su personalidad, su valor, su prestigio, su nombre y su gloria. ¿Para qué más?

¡Joselito! Muerto, vives eternamente por los siglos de los siglos. Ahí está tu figura. ¡Que nadie la mueva! Todos los toreros pasan, se van nublando y desaparecen. Ese es el fin de todas las cosas perecederas y deleznales. Sólo tú vas agigantándote en la distancia y glorificándote en el tiempo. ¡Porque eres el único elegido de los dioses! El Destino habrá sido poco clemente y misericordioso contigo, pero en cambio el Espíritu ha transcendido de tu carne mortal y se ha elevado a las puras, inmóviles y bienaventuradas regiones de la inmortalidad.

Esta temporada fué la que mayor número de corridas toreó en España, llegando a firmar más de cien contratos, toreando sólo noventa corridas por algunos percances y otros incidentes. Tomó también parte en

varios festivales, entre ellos el de Lucena, verificado el 17 de febrero; y en los de Ciudad Real y Córdoba, celebrados los días 15 y 16 de abril respectivamente. La única corrida importante que tuvo esta temporada fué en Bilbao el 3 de octubre; una cornada en el escroto que le dió un toro de Villar.

En total, las corridas toreadas fueron:

Abril: 4, Sevilla; 5, Madrid (corrida de Beneficencia y confirmación de alternativa); 6, Murcia; 11, Barcelona; 18, 21 y 23, Sevilla; 25, Barcelona.

Mayo: 1, Barcelona; 2 y 5, Madrid; 6, Barcelona; 9 y 10, Ecija; 13, Alicante; 15, Madrid; 16, Talavera de la Reina; 25, 26 y 27, Córdoba; 28, Madrid; 30 y 31, Cáceres.

Junio: 3, Málaga; 6, Granada; 14, 15 y 20, Algeciras; 24, Cabra; 27, Barcelona; 30, Alicante.

Julio: 4, Pontevedra; 7, 8, 9 y 10, Pamplona; 11, Barcelona; 18 y 19, Málaga; 22, Burgos; 25 y 26, Valencia; 31, Coruña.

Agosto: 1, Coruña; 3 y 4, Santander; 5 y 6, Vitoria; 7, Santander; 8, San Sebastián; 10 y 11, Gijón; 14, 15 y 16, San Sebastián; 18 y 19, Ciudad Real; 25, Cieza; 26 y 27, Almagro; 28, Linales; 29 y 30, Málaga.

Septiembre: 2 y 3, Mérida; 4, Priego; 5, Quintanar de la Orden; 6, Cuenca; 7 y 8, Murcia; 11, Albacete; 12, 13 y 14, Salamanca; 15 y 16, Zamora; 18, 19 y 20, Valladolid; 21, 22 y 23, Logroño; 24, Barcelona; 27, Pozo Blanco; 29, Lorca.

Octubre: 1, Ubeda; 3, Bilbao; 17, Málaga; 18 y 19, Jaén.

El 11 de julio mató seis toros en Barcelona y el 19 de octubre otros seis en Jaén.

De esta campaña es la crónica que a continuación insertamos, comentando las corridas de Logroño:

"TOROS Y TOREROS

EN LOGROÑO

El guardián del Vaticano.

Logroño, 23, 12 noche. (Crónica telefónica de nuestro redactor.) Todo buen aficionado a los toros sabe que el arte hiperbólico de "Don Modesto" creó la categoría de Papa taurino. Todo buen aficionado sabe también que esta categoría la disfrutó

hasta su muerte el cada vez más echado de menos Joselito. La afición, en su viudez triste y desconsolada, busca a todo trance marido, y ya se hubiese malcasado si no hubiera tenido buenos consejeros. Son muchos los pretendientes: pero no aportan al matrimonio otros méritos que su atrevimiento en la solicitud.

Sánchez Mejías, fiel guardador de los prestigios del torero muerto, se ha echado la carga de evitar el fraude, y va de plaza en plaza peleando con todos y gritándoles:

—¡Atrás, atrás, aquí no se pasa; este es el Vaticano taurino!

—Y tú, ¿quién eres? ¿Eres acaso el Papa?

—No; yo soy el guardián. Yo no entro. Yo no paso de la puerta. Yo estoy aquí para defender la entrada contra los asaltantes, para evitar sorpresas.

—Es que yo tengo méritos.

—Pues vamos a verlo. Que salga el toro. Y sale el toro, y los méritos no salen, y al acabar la lidia dice Sánchez Mejías al engreído:

—¿Ves cómo no puedes pasar?

—Es que si no paso por las buenas pasaré por las malas.

—Por las malas, no. Para valiente, yo. Precisamente estoy aquí por valiente, pues en este puesto de guardián, si no fuera más valiente que vosotros, me habríais arrollado. A ver otro.

Y así va de plaza en plaza, peleando hoy con éste y mañana con aquél.

En Logroño, como en Valladolid, como en Salamanca, en la feria ha sido él. Se ha banderilleado los seis toros que le correspondieron, ha cortado cinco orejas y ha sido el interés, la emoción y el alma de las corridas.

En la de hoy, donde no había ocasión de lucimiento, porque los toros, procedentes de Torres Cortina, que ha mandado Antonio Tabernero, han sido tan flojos, tan sosos y tan endebles, que a nada se prestaban, ha realizado la maravilla de sacar un partido tan asombroso, que hizo dos faenas y mató de dos estocadas con descabello, y le dieron las dos orejas.

El cuarto toro se lo brindó a Emilio Emilmat, un aficionado de doce años que ya lleva dos de abonado a la plaza de Madrid. Un pequeño que ya es un aficionado grande, y que habla de toros muy serio,

muy formal, como puede hablar Regino Velasco. Calculen ustedes lo que será este niño cuando sea hombre: el terror de los toreros. Y cuando estén en la plaza mirarán a don Emilio, y un aplauso de don Emilio será para ellos el argumento en la discusión.

“Si estaría bien, que me firó el sombrero don Emilio.”

Enhorabuena, don Emilio.

Sánchez Mejías abandonó la plaza cuando se lidiaba el quinto toro, porque tenía que salir para Barcelona. El público le despidió con una ovación que le hizo pararse a saludar en medio de la plaza; y cuando llegaba a la puerta de cuadrillas, sin duda se acordó de la puerta del Vaticano, porque se volvió con gesto duro mirando a los toreros, y haciendo ademán de apartarles con la mano, les gritó:

—¡Atrás!

Y se fué.

CORROCHANO.»

Al terminar esta temporada marchó a Méjico, donde realizó una campaña tan brillante que llegó a torear hasta 18 corri-

das, obteniendo en ellas triunfos tan clamorosos que fué proclamado como el torero de más valor que había pisado aquella plaza.

Como detalle ahí van las corridas toreadas en Méjico y otros estados:

Año 1920.—Diciembre: 12-19-21 y 26, Méjico.

Año 1921.—Enero: 2-9-16 y 23, Méjico.

Idem id.—Febrero: 6 y 20, Méjico.

Marzo: 20 y 27, Tampico.

Abril: 10 y 17, Méjico; 21 y 25, Aguas Calientes.

Mayo: 1, Guadalajara; 5, Puebla.

Hasta mediados de julio no comenzó en España la temporada de 1921. No pudiendo hacerlo antes por lo quebrantado de salud que regresó a España, a consecuencia de unas fiebres gástricas que adquirió en Méjico.

La campaña que hizo Ignacio esta temporada fué tan breve como brillante. Rechazó infinidad de contratos, limitándose a torear en aquellas plazas que constituían para él compromisos ineludibles. Toreó cuarenta y una corridas por este orden:

Julio: 17 y 18, Málaga; 21, Burgos; 24 y 25, Barcelona; 31, Santander.

Agosto, 1 y 3, Santander; 5-6 y 7, Vitoria, 9, La Coruña; 11, Santander; 13-14-15 y 16, Gijón; 18, Ciudad Real; 28-29 y 30, Linares.

Septiembre: 5, Priego; 7-8 y 9, Murcia; 10 y 11, Albacete; 12-13 y 14, Salamanca; 15 y 16, Zamora; 18-19 y 20, Valladolid; 21-22 y 23, Logroño; 24, Barcelona; 26, Madrid.

Octubre: 1, Ubeda.

A principios de octubre regresó de nuevo a Méjico, donde hizo la campaña de 1921 al 1922. En esta temporada es cuando llegó adquirir caracteres de verdadera tragedia su competencia con Gaona y que tantos triunfos proporcionó al gran torero sevillano. Esta ha sido una de las competencias más encarnizadas y sangrientas que ha habido en el toreo. Ella sirvió para que Ignacio se consagrara como uno de los toreros más valientes que habían existido.

Las corridas foreadas fueron:

13 noviembre, Méjico; 20 ídem, íd.; 27 ídem, Tampico; 4 diciembre, Méjico; 11 ídem, íd.; 18 ídem, íd.; 25 ídem, Ciudad Juárez; 1 enero, Méjico; 6 ídem, San Luis de

Potosí; 8 ídem, Méjico; 15 ídem, Tampico; 22 ídem, Méjico; 5 febrero, ídem; 26 ídem, ídem; 2 marzo, ídem; 12 ídem, íd.; 2 abril, ídem; 9 ídem, Veracruz; 16 ídem, Tampico.

Corridas: 19.

Regresó a España a mediados de junio algo delicado de salud y con el propósito de no torear nada más que las corridas de verdadero compromiso. Las empresas, que con su ausencia y la muerte de Granero se habían quedado en situación crítica, acudieron a él para que las salvara, ofreciéndole cuanto quisiera pedir. Esto le obligó a quebrantar su propósito y firmar mayor número de contratos de los que deseaba. Esta campaña, que él creía realizar sin pena ni gloria, ha sido para él la de mayores y más continuados éxitos y una de las más grandes que se registran en la historia del toreo. No podemos seguir al detalle las corridas. ¿Para qué? Sería tarea inútil. Cada corrida es un triunfo rotundo y creciente. Su personalidad se ha definido y afirmado de una manera total y definitiva. Este puede decirse que ha sido el año de verdadero apogeo. Nunca, ni aun en aquella temporada de 1919, ha llegado a

tan gran altura. Está en la plenitud de su valor y de su arte. Quien no haya visto a Ignacio en esta temporada no tiene idea del salto verdaderamente gigantesco que ha dado. Ha conseguido dominar de tal forma el arte de Joselito, que actualmente puede decirse que es una segunda edición del glorioso Maestro. No tiene el estilo tan depurado ni la gracia de Gallito, pero es más sobrio, más intenso, más fuerte, más valeroso. Es el que más se aproxima a su hermano político en cantidad de conocimientos, en variedad de recursos, en arte, en sabiduría y en dominio.

Comenzó esta temporada con las corridas de Algeciras, pero donde reveló la cantidad enorme de pundonor, de vergüenza, de valor y de arte que lleva dentro Sánchez Mejías, fué en las famosas corridas de Valencia. Esas siete tardes fueron para él un triunfo tan grande, que no se recuerda—excepción hecha de Granero el año anterior—forero alguno que haya dado una feria de toros como Sánchez Mejías.

Pero lo más asombroso, es que el público, instigado por ciertas campañas de prensa y por el recuerdo que tenía de su to-

rero muerto, se declaró desde los primeros momentos en contra suya y se dispuso a darle la batalla para hacerle fracasar. Le combatió con saña, con rabia, con verdadera ira. Se había propuesto el echar de la plaza a Sánchez Mejías. Esta era su palabra, y tenía que conseguirlo costara lo que quisiera y fuera como fuera. En esta lucha en contra del torero tomaron parte todos, absolutamente todos, y se esgrimieron todo género de armas. Desde la difamación hasta el escarnio. Desde el grito cobarde hasta la agresión en pandilla desde el tendido. Todo se empleó en ultrajar, en zaherir, en maltratar al torero. Sólo unos cuantos amigos estuvimos a su lado en aquellas horas de desesperación y de amargura. En todo momento nuestra mano fué leal y nuestras palabras fueron de aliento, de esperanza y de optimismo. ¡Teníamos fe en el hombre! Abrigábamos la secreta esperanza del triunfo. Sabíamos que contra todo y contra todos vencería. ¡Cómo no! Si era el torero, ¡el torero!, el único que poseía el secreto, como aquel inmenso Joselito, de domar a los toros... y a los públicos.

Y así fué. A este propósito no puedo re-

sistir a la tentación de copiar la crónica que de aquellas corridas publiqué en "Nuevo Mundo" y lo más interesante de lo que se escribió a propósito de aquellas corridas.

Dice así:

"LAS FAMOSAS CORRIDAS DE VALENCIA

SÁNCHEZ MEJÍAS, VENCEDOR DE LA MUERTE

Las corridas de toros de Valencia han tenido para el famoso torero sevillano un final de apoteosis. Esto ha sido en realidad lo más interesante. Aún parece que se escucha el rugido de la multitud enardecida por el entusiasmo. Aquello fué algo soberano y magnífico que excedió los límites de toda ponderación y de toda hipérbole. Era como un desagravio al hombre valeroso y artista, todo pundonor y vergüenza, dignidad y honradez, gallardía y majeza, que durante siete tardes consecutivas había hecho ante un público hostil la ofrenda

generosa de su carne y de su sangre, de su corazón y de su pensamiento, de su valor y de su arte. Como el protagonista de la famosa obra de Maupassant, Ignació Sánchez Mejías ha sido "más fuerte que la muerte". En mi vida de aficionado yo no recuerdo un momento de tan espléndida y soberana belleza, de tan intensa y embriagadora emoción.

Aquello fué un verdadero duelo a muerte con el toro y una lucha por la gloria con el público. Una borrachera de toreo, en la que el hombre triunfaba sobre todos los odios y todas las pasiones, porque había puesto en los vuelos graves y serenos de su muleta todo el temblor ideal de su alma de artista, y en la punta de los cuernos el ascua amarilla y roja de su corazón de hombre.

No podemos detenernos más en detalles, como fuera nuestro deseo. Si quisiéramos buscarle a esta faena un término de comparación, tendríamos que recordar aquella de Belmonte en la corrida del Montepío y la de José en la despedida de su hermano en Madrid. Si la de Juan y la de Gallito son la cumbre inaccesible del arte, ésta lo

es del valor. No se puede llegar a más en emoción estética ni en intensidad trágica. Confieso honradamente que yo no creí nunca que este torero fuera capaz de llevar a cabo una hazaña semejante. A partir de este momento, Sánchez Mejías será para nosotros un punto de referencia, un modelo clásico del mismo inestimable valor taurino que los de Belmonte y Joseflito. Si éstos representan el arte y el dominio, la intuición y el conocimiento, Sánchez Mejías es hasta la fecha la más alta y suprema encarnación del valor. Pero, entiéndase bien: no de ese valor que es inconsciencia y brutalidad, pasión momentánea y arrebató fugaz, sino de aquel otro tipo de valor consciente, reflexivo, sereno, íntimo, espontáneo, natural. En este sentido, Sánchez Mejías, más que un torero, será un símbolo. El ha aportado al arte de torear el concepto humano y racional del valor. Aquí es donde radica su personalidad y su grandeza. Y esto es tan cierto, que basta recordar las características de los toreros valientes para convencerse de que todos ellos, hasta Sánchez Mejías, han seguido la tradición viejísima del valor in-

consciente y brutal. En la historia del toreo apenas tiene precedentes. Hay que salvar las distancias y las épocas para llegar a Bombita y Vicente Pastor, que tienen el valor de verdaderos precursores. Pero en ninguno de ellos llega a tan absoluta y colmada plenitud.

En una palabra: la innovación más profunda que Sánchez Mejías ha introducido en el toreo consiste en haber transformado el impulso instintivo en acto natural y consciente, despojándolo por medio de la voluntad de aquellos bajos fondos de animalidad y dándole un contenido más noble y excelente.

Podríamos glosar aquellas palabras de Juan Belmonte, en las que decía que el valor de Sánchez Mejías era una cosa tan seria y tan definitiva en el toreo, que no tenía par ni competidor posible.

El toreo atraviesa actualmente una época de crisis por la ausencia de verdaderos toreros. Recuerdo que no hace muchos días se lamentaba de esto mismo Sánchez Mejías y me anunciaba su propósito decidido de retirarse del toreo. "Yo no puedo—me decía con cierta amargura—cargar con

la responsabilidad de esta época en la que el toreo va perdiendo aquella espléndida y deslumbradora grandeza que lograron darle Joselito y Belmonte. Yo, que me he formado junto a estos dos grandes colosos y que he sabido llevar con dignidad y con decoro mi valor junto al arte y la sabiduría de aquellos maestros, me entristezco al contemplar este espectáculo en el que falta el estímulo, la afición, el entusiasmo, la fe en la conquista de la gloria o de la muerte. Me siento solo, extraño a una fiesta en la que he puesto todos los fervores y dolores de mi alma y de mi cuerpo. Y por eso me marchó precisamente en la plenitud de mis facultades y de mi arte."

Escuchamos estas palabras con honda y sincera amargura. La noche tenía una inmensa serenidad de maravilla.

Lejos quedaba Valencia la bella, que tiene ojos de mora y corazón de cristiana. Aún parecía llegar a nosotros el clamoreo de aquella tarde de gloria y de triunfo para el torero en que el sol fulgía como una hostia de oro y el corazón de las mujeres palpitaba como un rubí bajo su corpiño o una amapola de sangre entre su pelo.

¡Oh, mi bella vecina del palco! ¡Divinos tus ojos de mujer, que hieren como una puñalada o como un beso! Sólo por contemplaros a través del blondo calado de vuestra mantilla o bajo la clara violeta de vuestros sombreros, debían tener los toreros la majeza, el valor, la gallardía y el coraje de esta fiesta brava y ardiente, pagana y mística.

FEDERICO M. ALCÁZAR.»

Ved el resumen que hace de estas corridas el notable crítico valenciano Riaño:

«EL TRIUNFO DE SANCHEZ MEJIAS

La corrida pudo considerarse virtualmente terminada al doblar el séptimo toro, que proporcionó a Sánchez Mejías el éxito más grande que ha tenido en Valencia. Aquello fué definitivo e inaccesible para ninguno de los toreros que rodeaban al diestro sevillano. El público en masa se rindió ante la evidencia, y hubo de reconocerse que, sin Mejías, la Feria de 1922 hubiera resultado un desastre. Ha sido el qu

e

con más ardimiento, valor y amor propio ha actuado; el que más apóstrofes y aplausos escuchó; el que ha vencido por riñones, destacando su figura a pesar de sus arrumacos, desplantes e intemperancias, porque ha sobresalido en todos los aspectos de la lidia, dando cuanto puede dar un torero de su temple: valentía, voluntad, vergüenza torera.

Cuando ayer, momentos antes de su espléndida victoria, se disponía, frente a nosotros, a quebrar el cuarto par de banderillas, materialmente cerrado en los tableros, algunas voces quisieron impedirlo, gritándole: —¡Por fuera, por fuera!

El torero, altivo e imperiosamente, replicó:

—¡Y por qué me he de ir por fuera! Aquí ha de ser...

Y allí fué, brutalmente valeroso, en el sitio donde casi le quitó la vida un toro de Campos Varela. La emoción angustiosa de la gente se trocó en aplauso clamoroso ante tan absurda temeridad.

Luego vino la faena, la faena de la Feria: la arrogancia de un hombre de temperamento fuerte, la locura del torero, que con-

tagió a la muchedumbre, atónita y rugiente al ver la majeza de Sánchez Mejías. Gradualmente fué subiendo de punto la emoción, cada vez más pegado a los pitones el matador, hasta que, mediada la faena, el público se puso en pie. Allí se acabaron las "chufas" con que venían chinchándole estas tardes: el "vete, vete"; "sigue, sigue"; "déjalo ya", coreados en son de mofa.

Y es que el vulgo—vulgo en el sentido de no apreciar la realidad del momento taurino presente—se dejó llevar desde el primer día por prejuicios pasionales, de los que discrepábamos hasta el extremo de aparecer como mejilistas incondicionales. Nada de eso: cuanto escribimos acerca de Sánchez Mejías en la Feria de 1920, lo ratificamos; somos los mismos y el mismo es el torero que era dos años atrás. El que no es el mismo es el cuadro que se ofrece a los ojos del aficionado observador, y a éste dedicamos nuestro comentario sincero y honrado que, por serlo, creemos obligado manifestar que nos lo sugirió un escritor taurino, tan perspicaz como de indiscutible autoridad.

El toreo ha culminado con resplandores de luz cegadora bajo la égida de Gallito y Belmonte, y ya muerto aquél y declinando el astro de Triana, surge Granero, cultivador de la estética, de la plasticidad, aundas al valor, al pundonor del infortunado diestro valenciano. A más no se puede llegar. Pero los aficionados no quieren—no deben desearlo—que la fiesta de toros sucumba a manos de toreros amerengados y a impulsos del mamporrazo del boxeador o de la patada futbolista. Pues bien; si la fiesta de toros, fundamentalmente, es el valor, el desprecio de la vida, y hay quienes resueltamente sostienen este prestigio—escribimos el vocablo con rubor—, ¿cómo hacer muecas y aspavientos ante las temeridades de un hombre que sale a partirse el pecho con los toros? ¿A qué empeñarse en barrer a los que mantienen el fuego latente, si ello puede contribuir a que salga el torero que ofrezca la seguridad de un arte bello, la emoción junto al dominio, el torear sin hacer oposiciones a la caja mortuoria?

¿Que esto es insensato? Pues qué, ¿acaso las corridas de toros arguyen sensatez

y cordura en cuantos las sancionan, regocijados?

Con toreros como La Rosa, Chicuelo y aun Marcial Lalanda, el tinglado taurino se vendría abajo; porque nunca los estilistas, sin más que esta cualidad, comunicaron a su arte la fuerza avasalladora que inflama de entusiasmo a las multitudes.

El torero macho, en cambio, tendrá siempre su partido y ha de ser como la semilla de nuevos adalides que armonicen la belleza con el brío del luchador sereno y consciente de sus medios para luchar con las fieras.

He aquí expuesto nuestro punto de vista que, implícitamente, ha rubricado el público ayer, aclamando a Sánchez Mejías: éste dió lo que puede dar, sin que nadie pudiera llamarse a engaño.

Y como nos proponíamos en el epílogo de la Feria sentar estas afirmaciones y esto va resultando pesado, entramos de lleno en el detalle revisteril.

Al séptimo, "Coronel", lo toreó, banderilleó y mató como un general con mando en plaza.

Unas verónicas buenas, dos de ellas su-

periores; un quite enorme de valor y otro temerario, quedando de espaldas arrodillado a un metro del toro.

La plaza veníase abajo.

Fortuna hizo un quite recortando con tres lances capote al brazo, que fué muy aplaudido.

También le ganó la pelea el de Sevilla.

Vamos a banderillear. El tío — Sánchez Mejías — arrancó desde los medios con uno de poder a poder, caído; otro, colosal; otro escalofriante al quiebro, en el mismo sitio donde lo cogió el toro de Campos Varela, y otro inmenso, inconmensurable, arrancando desde el centro del redondel.

Las ovaciones fueron a tenor de la magnitud de los pares de banderillas.

Mejías se arrodilló totalmente muy sobre corto y dió un pase de pecho con la derecha, valentísimo. Luego desarrolló una faena emocionante, templando y mandándole al toro, prodigando diversidad de pases, cada vez más apretado, torero y como iluminado. La faena, que el público coreó puesto en pie, aunque casi toda con la derecha y favorecida por las buenas condiciones del toro, fué la más grande.

Un pinchazo superior; tocaderas de pitón, pases arrodillado haciendo pasar a la res, tres ayudados esculturales y media estocada en las agujas, entrando superiormente.

Ovación grandiosa, que se reprodujo seis veces, la oreja, vuelta al ruedo y salida a los medios.

Mejías había triunfado en toda la línea.

Un toro ideal, al que hizo honores un torero valeroso.

Tiempo: cinco minutos.

En suma: la estocada de Fortuna, en la que dejó casualmente el trapo en la cara del toro, como en su primer miura, y los arrestos de Sánchez Mejías, que los borró a todos.

RIAÑO.»

Y como detalle curioso insertamos también el siguiente comentario de la segunda corrida, a propósito de la vergüenza y el pundonor de este torero.

"SEGUNDA CORRIDA DE FERIA

EMOCIONANTE COGIDA DE SÁNCHEZ MEJÍAS

El torero temerario.

Como en la primera tarde, superó la parte de corrida después del riego, donde vimos a un torero macho, en un rasgo de pundonor, jugarse, no la fortuna que posee, sino la vida; éste fué Ignacio Sánchez Mejías. ¿Quién que vería la temeridad, la locura a que se entregó el valeroso diestro sevillano, podrá olvidar mientras viva aquel momento emocionante?

Andaba soliviantado desde que lo pitaron en el primer toro, y cuando pisó la arena el cuarto, se vió que ardía en deseos de dar la nota de valentía: primero arrodillándose para quebrar con la capa, y seguidamente en unas verónicas apretadas, comiéndole el terreno al toro.

El suceso ocurrió frente a las barreras que ocupamos algunos revisteros. Unos apóstrofes nada ofensivos, pero picantes,

lo enardecieron y vino la tragedia. Mejías, descompuesto, entró a banderillear en un terreno imposible, y allí, a dos metros de nosotros, lo enganchó el toro, bravo y nervioso, tirándole veinte cornadas en otros tantos segundos, jugando con él como con un muñeco, sacándolo al tercio y estampándolo contra la arena. Prorrumpió el público en angustioso ¡ay!, y el torero, destrozada la pechera de la camisa, la faja y parte de la chaquetilla, pudo levantarse encogido, con gestos de dolor, pero sobreponiéndose rápido.

Luego..., luego, aun dentro de la brutalidad de la fiesta, o quizá por esto mismo, me pareció grande Sánchez Mejías. Le gritaban ¡no, no!, pidiéndole que se retirara.

—¡Cómo que no!—se dijo el diestro temerario—. A mí me ha pisoteado el toro, pero el público no me pisotea. «Fuera todos» «Los palos, vengan los palos»

Y tirando la montera requirió las banderillas, poniendo un par colosal, otra vez por los terrenos de dentro.

La plaza veníase abajo; se le tributó una ovación grandiosa, mitad de admiración y mitad de desagravio. Fué la apoteosis, mi-

nutos de gloria que constituyen la página vibrante y perenne en la ejecutoria de un lidiador.

Oímos comentarios desfavorables para la audacia absurda de Sánchez Mejías, pero la mayoría de los espectadores, si no lo proclamaba a voz en grito, decíase en su fuero interno:— ¡Este tío es un bravo, un torero con dignidad profesional! Y así lo demostró a continuación toreando de muleta metido entre pitones y estoqueando al bicho guapamente.

Recogió la oreja y un diluvio de palmas, dió vuelta al ruedo, saludó desde los medios y, tranquilamente, cuando lidiaban el toro quinto, entre aplausos y aclamaciones, se retiró a la enfermería.

Sánchez Mejías no presume de estilista ni de clásico—nos consta que sabe a qué atenerse—; pero posee una dosis enorme de vergüenza torera, y antes se deja coger que hacer el ridículo. Se vió ayer claramente, y, en mi opinión, lo patentizó más en el par de banderillas después de la cogida y despachando al toro, que en poco estuvo no lo mandara a la tumba.

Anoche no se hablaba de otra cosa en

todas partes que de la hazaña de Sánchez Mejías con el toro "Celebrao".

* * *

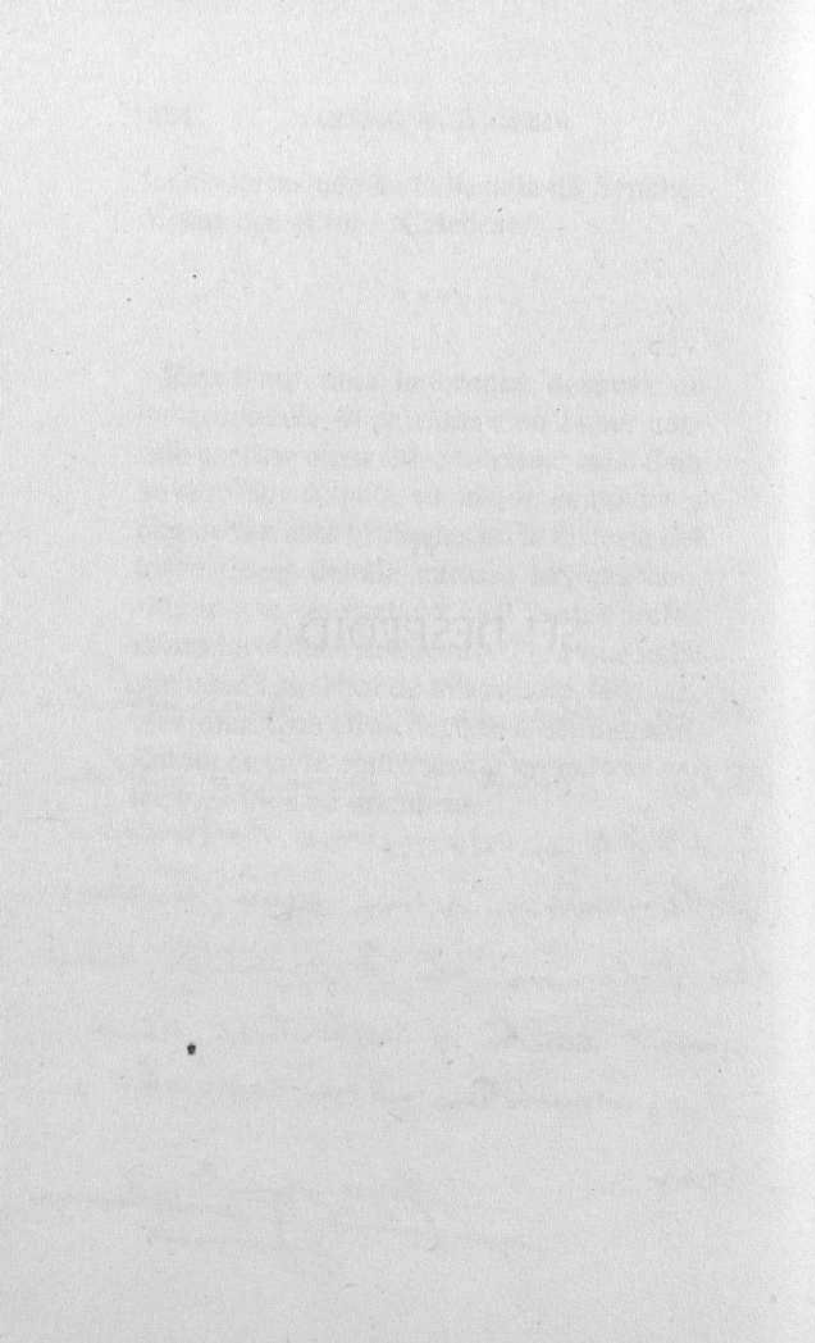
Esta temporada la termina después de haber toreado 44 corridas y no haber querido aceptar otros 80 contratos más. Esta ha sido sin disputa su mejor campaña y una de las más brillantes en la historia del toreo. Como detalle curioso hay que consignar que ha cortado casi tantas orejas como toros ha estoqueado. ¡Para qué más! Ahí queda su labor de torero, viva, fecunda, ejemplar. Que otros aspiren a continuarla. Entonces se la podrá juzgar en todo su valor y en toda su grandeza.

VI

SU DESPEDIDA

Después de esta despedida
 torció toda la temporada
 de 1924 en Zaragoza Valladolid
 Valencia y en casi todas
 las Plazas de España con
 mayor éxito y voluntad que
 anteriormente. Fini ciñolo en
 Jaén

Forcelan



Se va el Guardián del Vaticano.
El Templo queda a merced de los fariseos.

Podríamos comenzar este capítulo glosando unos párrafos de nuestro muy querido y admirado amigo Gregorio Corrochano. Recordará el lector que a la muerte de Jose-lito I el Magno, segundo Papa de la Iglesia taurina, ya que el primero cronológicamente había sido Bombita, que fué el que instituyó el Pontificado, la cristiandad, o sea la afición, nombró Guardián del Vaticano a Ignacio Sánchez Mejías. La escrupulosidad, el celo y el entusiasmo con que ha cumplido su misión han sido tan grandes, que la Iglesia taurina reconociendo sus valiosos servicios y altos merecimientos, tenía pensado reunirse en Cónclave y nombrarle sucesor del llorado Maestro. Próxima a celebrarse la asamblea, el celoso Guardián del Vaticano y fiel conservador de los presti-

gios del pontífice muerto, abandona su puesto de honor y renuncia a su elevación a la Silla de San Pedro. De esta forma, el Templo queda a merced de los fariseos y los destinos de la cristiandad taurina abandonados al azar. La deserción de Sánchez Mejías es tan sensible, que al marcharse desaparece toda garantía de seriedad y de justicia que su presencia hacía necesaria para el nombramiento de Papa. Por esta causa, no sería aventurado el suponer que se asaltaría el Vaticano taurino por algún ambicioso y vulgar párroco de aldea.

Al recordar los servicios llevados a cabo por el que hasta hace unos días ha sido guardián del Vaticano, cuentan las crónicas que a la muerte del Papa Joselito, se presentaron ante Sánchez Mejías tres jovenzuelos que hacía poco habían recibido el capelo cardenalicio y que aspiraban a regir los destinos de la Iglesia taurina. El Guardián los recibió amablemente y les indicó los requisitos que eran necesarios para ser elegido Papa. Estos requisitos consistían en unas oposiciones que constaban de cuatro ejercicios. El primero era eliminatorio y tenían que hacerlo de novi-

llos. Este ejercicio era un examen general de todas las asignaturas elementales del toreo. El segundo consistía en un examen de arte, y debían practicarlo el primer año de alternativa; el tercero era de valor, que correspondía al segundo año de matador de toros, y el cuarto y último consistía en demostrar la capacidad y los conocimientos necesarios para dominar la profesión y poder regir con acierto los destinos del mundo taurino. Los tres mozalbetes se quedaron un momento pensativos sin saber qué responder a las razones del Guardián. Pero al fin, el más vivo y travieso, abriendo sus ojos pícaros y burlones, se encaró con el Guardián y le dijo:

—Señor, yo he practicado ya el primer ejercicio.

—¿Y quién eres tú?—respondió Sánchez Mejías.

—Yo soy, ¡Juan Luis de la Rosa!

Al oír este nombre, Ignacio tuvo un momento de vacilación, y a punto estuvo de dejarle pasar sin ponerle reparo alguno. ¡Era mucho el prestigio de este nombre! Demasiado lo sabía él. Como que el Papa difunto le había nombrado príncipe here-

dero y tenía puestas en él sus esperanzas. Pero bien pronto el Guardián se repuso de la impresión, y encarándose con el mozalbete, le dijo:

—Muy bien. Efectivamente, tú has practicado el primer ejercicio y sin disputa eres hasta hoy el que ha logrado alcanzar la nota más alta. Por eso el difunto Papa en persona te dió la calificación más honrosa que se ha dado a ningún aspirante; él mismo te doctoró, premiando así tus grandes merecimientos. Pero esto no basta. Hay que continuar los otros ejercicios.

Quedó pensativo el muchacho y se retiró silenciosamente.

—¡A ver, otro! Tu, ¿quién eres?

—Yo soy Chicuelo—respondió un chavea airoso y juncal.

—También tú has merecido la aprobación en el primer ejercicio. Verdaderamente puedes aspirar a la Silla de San Pedro. Pero hay que continuar los otros ejercicios.

Por último, le interrogó al tercero.

Era un muchacho alto, fino, esbelto y gallardo. Tenía los ojos vivos y fugaces, una sonrisa infantil y un rostro aniñado y cándido.

—Y tú, ¿a qué vienes?—le dijo, extrañado de su visita, al ver aquella fisonomía desconocida.

—Yo, señor—le dijo humildemente el muchacho—, no tengo nombre todavía. Soy novillero. Me llaman Manuel Granero, pero quiero ser Papa y lo seré!

—Grande es tu ambición y brillante tiene que ser tu carrera para merecer tan alto honor—le respondió el Guardián—. Pero en fin, eres joven, tienes ánimos, y por la firmeza que hay en tus palabras, acaso puedas aspirar a recibir un día la herencia del difunto Pontífice. Por lo pronto, tienes todas mis simpatías. Al hablar como lo haces, me recuerdas mis primeros años, ilusionados, fervorosos y optimistas como los tuyos.

—Id con Dios—dijo dirigiéndose a los tres—y que la suerte os sea propicia. Al año que viene aquí me tenéis.

Transcurrió el tiempo, y al año siguiente sólo se presentó Manuel Granero.

—Los últimos serán los primeros—dijo saliendo al encuentro del chaval y estrechándole la mano cordialmente—. Practicaste el primer ejercicio con gran aprovechamiento y has hecho el segundo exa-

men, o sea el primer año de alternativa de una manera brillante. Has vencido lo más difícil. Ahora sólo te resta terminar la oposición. Tu triunfo es seguro. Ten confianza en él y espera. Yo soy justo y no he de oponerme a tu entrada si realmente la mereces. Yo sólo tengo una misión que cumplir: velar por los prestigios y la dignidad del Papado, evitando el asalto y el fraude.

Al año siguiente la tragedia malogró al único torero que acaso hubiera podido aspirar a recibir la blanca y sagrada investidura de los Pontífices. Los otros continuaron perdiendo cursos y su desaplicación fué tan grande, que la Iglesia indignada, los reprobó repetidas veces. Surgieron otros más ambiciosos y audaces, pero de escasos merecimientos. Sus tentativas de asalto fueron inútiles. Allí estaba el celoso Guardián del Vaticano dispuesto a cerrar el paso a los asaltantes. Convencidos de su fracaso, ya no intentaron ningún golpe de audacia. Sabían que para escalar tan alto sitial era necesario pasar por la puerta y allí estaba Ignacio Sánchez Mejías guardando en depósito la herencia artística de Joselito I el Magno.

En esto íbamos pensando al dirigirnos hace unos días a la muy noble y muy heroica ciudad de Avila, la de los caballeros y de los leales, para presenciar la última corrida de la temporada, en la que Ignacio Sánchez Mejías mataría él solo seis toros de Pérez Tabernero. La corrida era tan interesante, que todos íbamos con la esperanza de asistir a una gran fiesta de toros. Y así fué. Un derroche de valor, de gallardía, de poder, de recursos, de conocimientos. Pero... ¡Era el último y definitivo alarde de un torero que se iba para siempre en el apogeo de su arte, de su valor, de sus facultades y de su afición. Precisamente en el momento en que más necesaria era su presencia en los ruedos y en la temporada en que había logrado alcanzar su más alto esplendor.

¿Pero sería esto posible? Un poco recelosos de la noticia y algo esperanzados en que no fuera cierta, nos dirigimos al palacio donde se hospedaba nuestro amigo.

Desgraciadamente era verdad. El mismo nos lo confesó al estrechar nuestra mano. Sus palabras tenían un dejo de amargura

y su semblante estaba ensombrecido por la emoción.

—Me marchó—nos dijo—en el mejor momento de mi vida de torero. Cuando tengo más afición, cuando estoy más seguro con los toros, cuando he logrado corregir algunos defectos que había en mi estilo, cuando tengo más valor que nunca, cuando puedo pedir y puedo dar todo lo que mi nombre y mi trabajo merecen y los públicos exigen. Pero no puedo, no quiero continuar esta lucha en la que el enemigo menos peligroso es el toro. Yo no puedo soportar esta cruzada de envidias, de rencores, de odios, de calumnias, de ultrajes y hasta de ingratitudes. Mi capacidad de resignación ha llegado al límite. Además: que hay una razón de orden moral que me obliga a retirarme. Como te dije en Valencia, como te he repetido en Santander y en todas partes donde hemos hablado de estas cosas, yo no quiero que mi nombre vaya envuelto en esta época de decadencia del toreo. Yo que tengo la satisfacción y el orgullo de pertenecer al período más brillante que ha tenido la fiesta de toros, no quiero cargar con la responsabilidad de este

momento faurino que tan funesto ha de ser en la historia del foreo. Me falta estímulo, entusiasmo, pasión, que es en definitiva lo que le impulsa a uno a correr tras la fortuna, el crédito, la reputación, la gloria y hasta la misma suerte. Estoy solo y me siento extraño a una fiesta en la que he puesto todos mis fervores y dolores. A mi lado hay unos muchachos que le hacen unas cuantas cosas bonitas al toro, pero faltos de fe, de entusiasmo, de amor por un arte que debía ser la más grande ilusión de su vida. Esto es todo. Lo demás no me inspira sino indiferencia. No le guardo a nadie rencor, allá cada cual con su conciencia. A mí me cabe la satisfacción de creer que he cumplido con mi deber y que hice cuanto podía y sabía.

Nada más dijo Ignacio. ¿Para qué? En la estancia reinó un silencio profundo. Todos los que estábamos presentes nos miramos un momento y en el ambiente quedó flotando una interrogación... ¿Y ahora?...

.....
¡Adiós, Ignacio! ¿Hasta pronto? ¿Hasta nunca?

Al escribir estas palabras la pluma tiem-

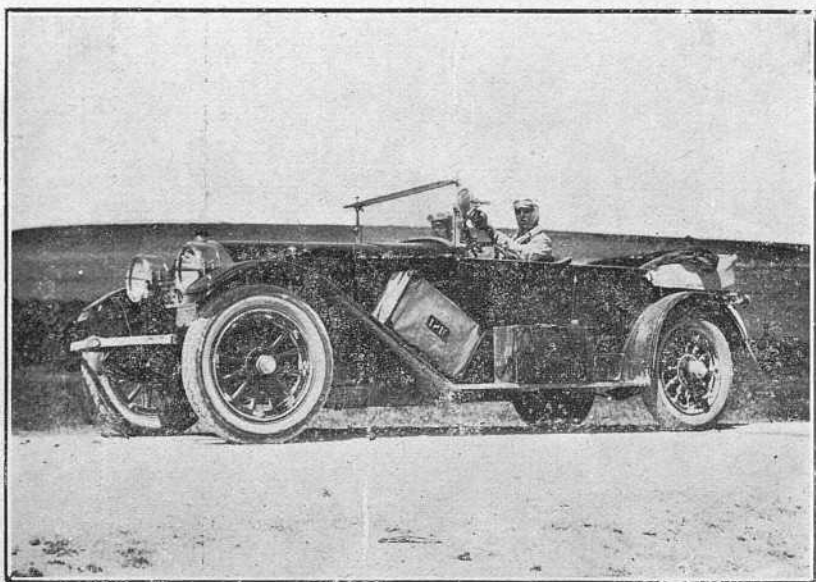
bla en nuestras manos de honda y sincera emoción. Al verte partir llevado en triunfo por este mismo público que como todos, venía dispuesto a gritarte y a insultarte, hemos sentido como en todas partes el dolor de todas las injusticias y la inmensa satisfacción de todas las reparaciones y de todos los desagravios. Así ha sido tu vida. Eres el símbolo del hombre que después de haber luchado contra el destino lo vence y sucumbe víctima de su mismo triunfo.

Contigo se va uno de los foreros más altamente representativos de la historia de la Tauromaquia y quizás también, todo lo que hay en la fiesta de gallardía, de majeza, de coraje, de pasión, de recia y opulenta hermosura. Al marcharte para siempre, yo siento también la honda pesadumbre de todas las desilusiones, la suprema melancolía de todos los desencantos. Muere contigo una época que es sobre todas las cosas la de mi juventud. Por eso estrecho tu mano con temblor y con tristeza y tengo para el forero de ayer y para el amigo de siempre una sincera admiración y un gesto cordial.

FIN



Uno de los últimos retratos de Sánchez Mejías.



Sánchez Mejías conduciendo su magnífico automóvil.



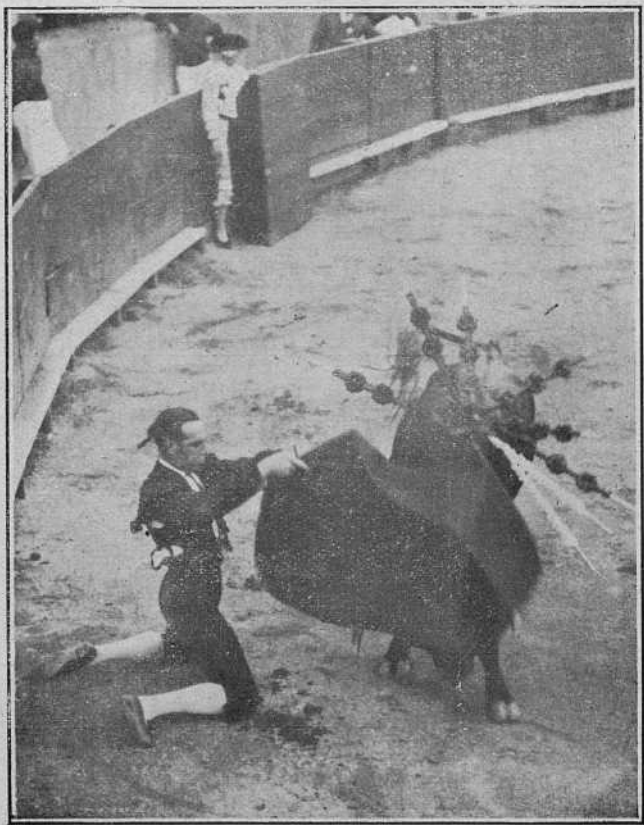
Sánchez Mejías preparándose para hacer el paseo la última corrida que toreó en España.



Pasando a un toro de rodillas.



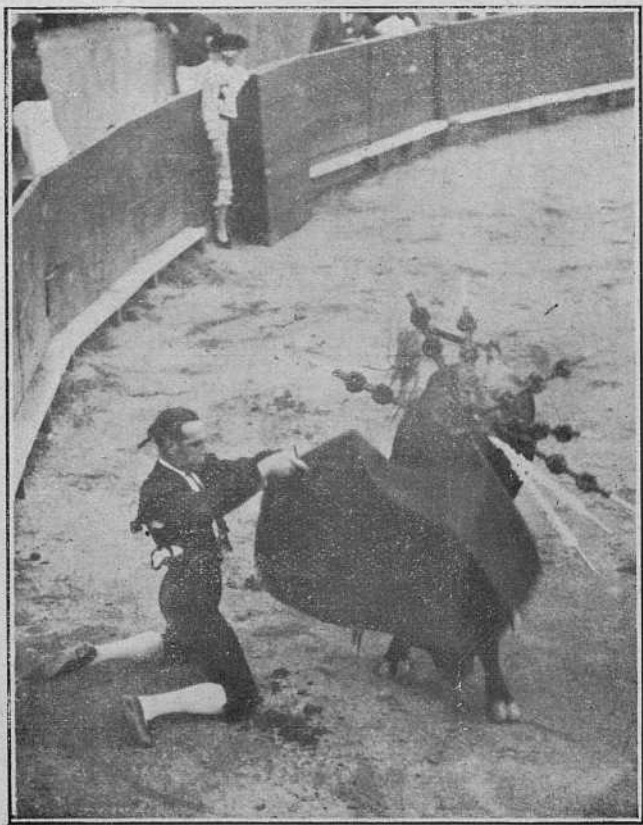
Dando un gran pase natural.



Toreando de muleta de rodillas.



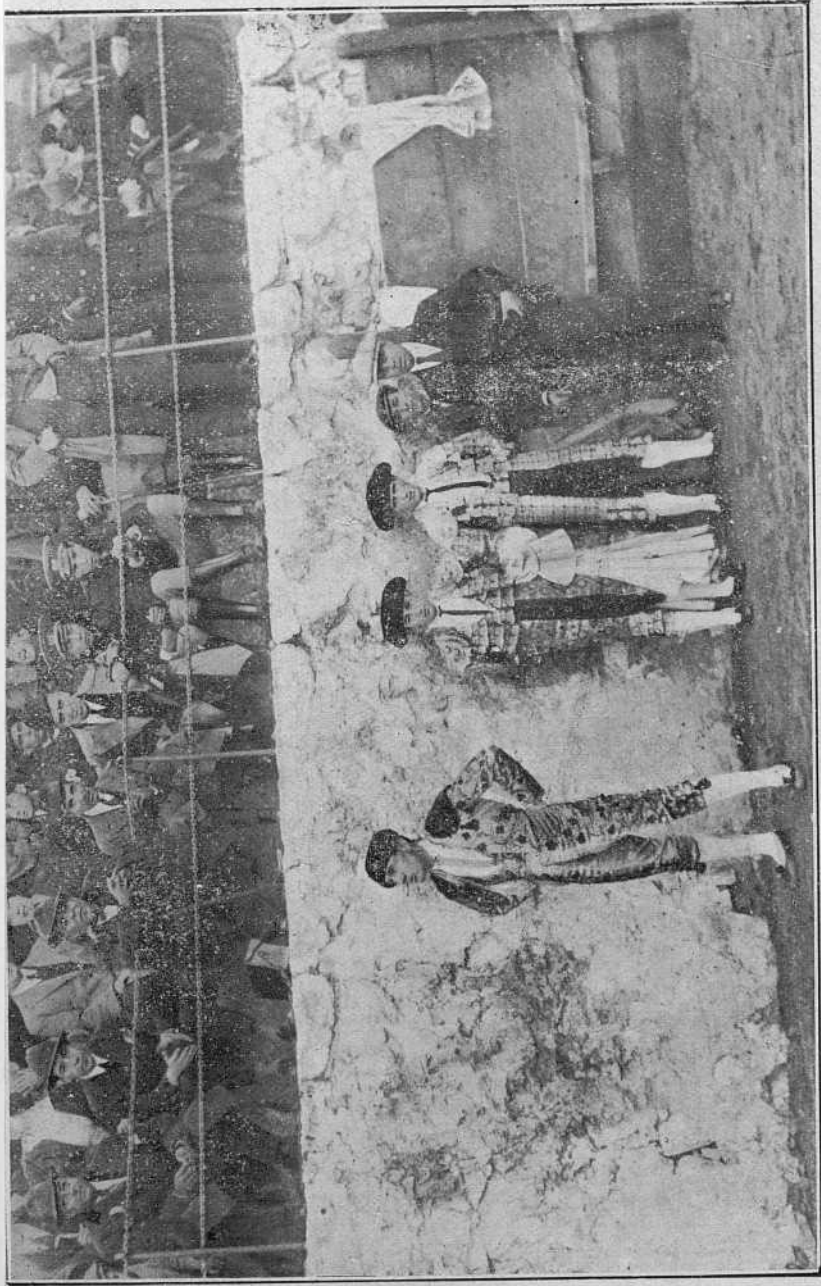
Un soberbio nase de nache



Toreando de muleta de rodillas.



Un soherhio nase de noche

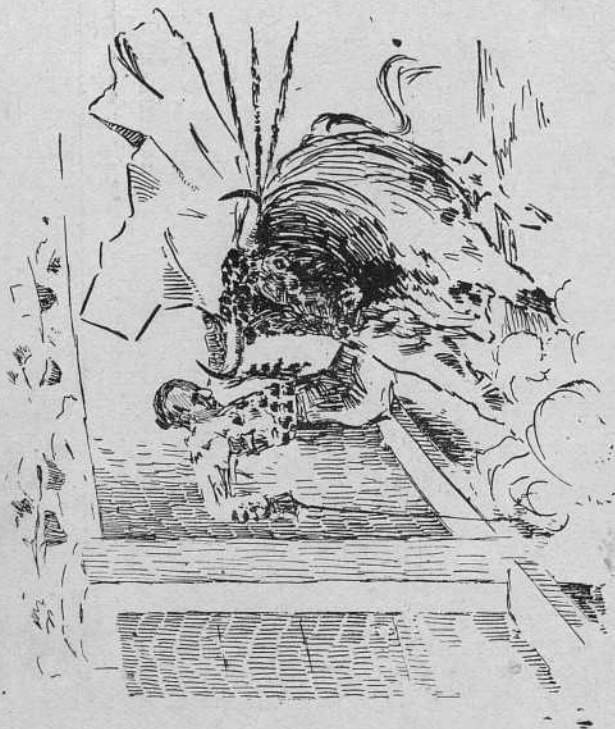


Sánchez Mejías en un descanso en la corrida de su despedida en Avila, en la que mató siete toros de Pérez Tabernero.



C. Sanhiespan

Un coleo en una caída al descubierto.



En un emocionante pase sentado en el estribo.

Dib. de C. Santiesteban.

OBRAS DEL AUTOR

LA FUNCIÓN DE LA CULTURA (folleto).

ORÍGENES DEL MOVIMIENTO LITERARIO DEL SIGLO XVIII.

GRANERO: SU VIDA, SU ARTE, SU TRAGEDIA (folleto). En colaboración con *Corinto y Oro*.

PROXIMAS A PUBLICARSE:

EL MAESTRO DEL PASE NATURAL.

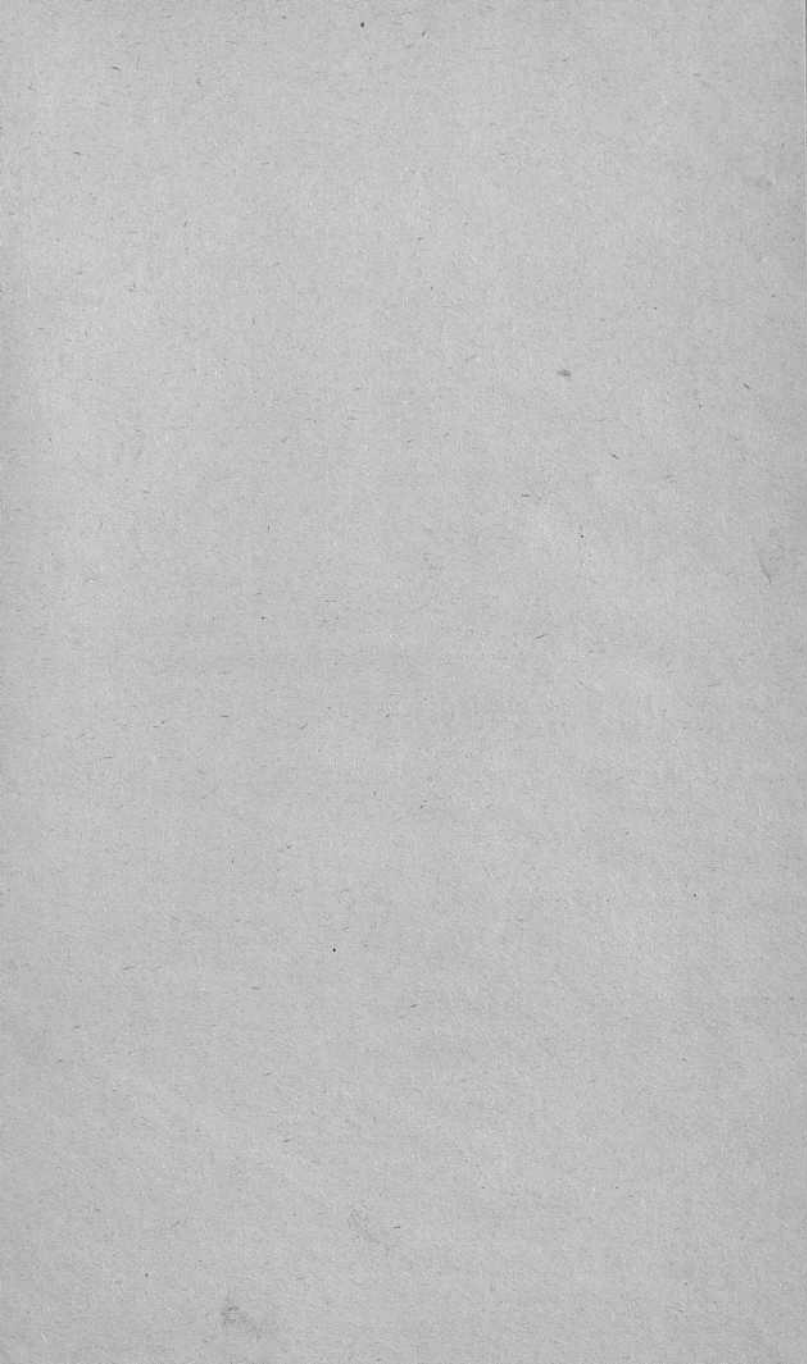
EL TOREO MODERNO.

EN PREPARACION:

HISTORIA CRÍTICA DEL TOREO.

LA CULPA (comedia).

EL DOLOR DE AMAR (novela).



MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

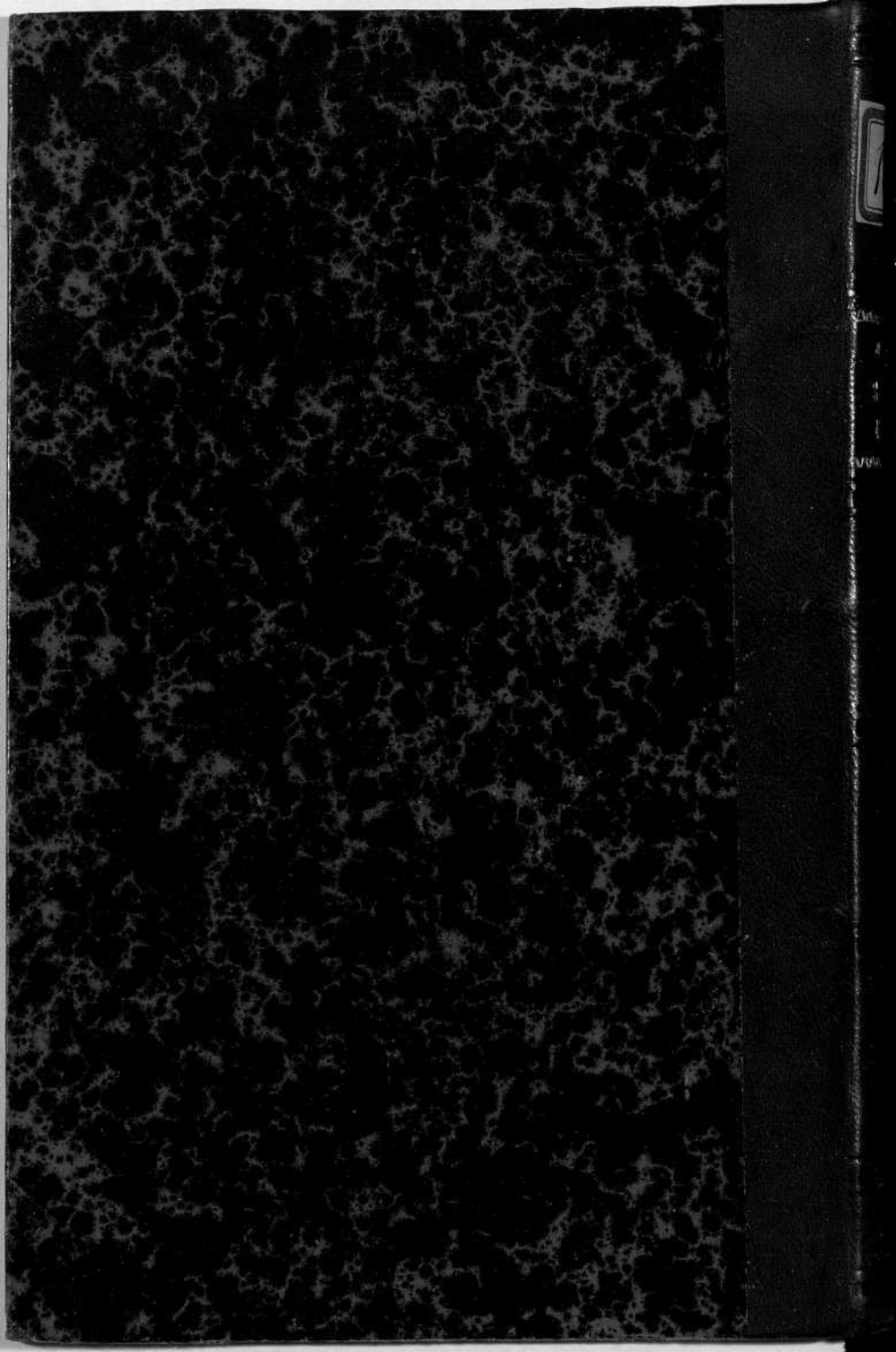
Pesetas.

Número... 129 Precio de la obra..... ..

Estante... 1 Precio de adquisición

Tabla 4 Valoración actual..... ..

Número de tomos.. ..



139.

ALCAZAR

SANCHEZ

MEJIAS